

*LCB:* Aquí en México el papel de los periódicos casi siempre es para ayudar el candidato del gobierno.

*JAA:* Sobre todo ahora, después de la elección que hicieron el señor Roosevelt y el señor Daniels en México, los periódicos tienen que cuidarse mucho más de no disgustar al gobierno, porque se ha establecido una mina de oro para los periódicos, con las tendencias modernas de culto a la personalidad como el formidable culto de López Mateos, que le cuesta al país millones de pesos para saciar los apetitos de esa clase de periodistas que se ha formado. Los periodistas de los periódicos grandes tienen verdaderas canonjías, cada quien con sus escritos, con lo que publican, y con lo que no publican. Es un torrente de dinero del gobierno el que les entra.

*LCB:* Hablando de dinero, sabemos que las campañas políticas cuestan mucho dinero. ¿Puede usted decirnos algo de los problemas financieros respecto a su campaña en 1940?

*JAA:* Se emitió una cantidad de bonos para conseguir dinero del pueblo. Pero a pesar del entusiasmo tan grande que había, lo que se vendió de bonos no fue una cantidad sorprendente. Como yo estaba embarcado en la cosa, pues entonces, además de lo que se conseguía de algunos partidarios por las regiones del país, tuve que afrontar la situación directamente. Y me decía un licenciado Valladares, que me visitó en México, después de la campaña, cuando yo me retiré: "Oiga usted, he leído cuidadosamente sus declaraciones y me satisfacen completamente. Usted dice que tuvo que gastar tres millones de lo suyo; lo que usted pudo gastar lo gastó. Bueno, pues considero que es muy justo que los mexicanos le paguen a usted lo que gastó. Si no pudo usted ganar la presidencia por las acciones de la gente que usted denuncia, cuando menos que le paguemos lo que usted demuestra que gastó. Y mi tesis es ésta: si usted gastó de lo suyo tres millones y hubo tanto entusiasmo entre los mexicanos por su candidatura, me parece que deben existir por lo menos mil gentes con elementos, mil gentes que le reintegren a usted lo que gastó, dando cada quien tres mil pesos y aquí están mis tres mil pesos". Y me dejó los tres mil pesos. ¡Lástima que fue el único!

*LCB:* ¿En cuáles estados hizo usted propaganda durante su campaña? ¿Estuvo usted en casi todas partes del país?

*JAA:* Sí, en todas partes del país. La única parte dónde ya no tuve tiempo materialmente fue el sureste: Tabasco, Campeche y Yucatán. Todo lo demás sí.

*LCB:* Hemos leído en libros y en periódicos que durante su campaña algunos de los miembros de su partido encontraban muchas dificultades en desarrollar su campaña. En ocasiones los agentes del gobierno, los miembros del PRI pusieron obstáculos e impidieron que los partidarios de usted pudie-

ran desarrollar la campaña libremente. ¿Puede usted comentar sobre esto y algunos de los problemas que se presentaron?

*JAA:* Efectivamente, hubo en todas partes jefes políticos y militares que no vacilaron en asesinar partidarios míos para imponer el terror. Poco después de concluida la campaña, yo había hecho una cuenta de que habían sido asesinados más de veinte mil quinientos mexicanos por ser partidarios míos. Maximino Ávila Camacho, un degenerado, un individuo imposible, mató más de mil gentes en el estado de Puebla. Mi idea es que le costó al país la vida de tres mil gentes.

*LCB:* ¿En qué otros estados tenía usted problemas, además de Puebla?

*JAA:* De la magnitud de lo de Puebla no había ninguno. En México, desgraciadamente, siempre se ha acostumbrado, no respetar la vida humana. Al estilo de Pancho Villa, había muchos subtrogloditas que con la mayor indiferencia sacrificaban mexicanos. Así es que en cuestión política en todas partes iban matando mexicanos, sobre todo en el Distrito Federal.

*LCB:* ¿Puede usted decirnos algo de las candidaturas de Sánchez Tapia, Múgica, Magaña, Laborde, en esta misma elección?

*JAA:* Ellos empezaron a trabajar sus respectivas candidaturas con el aliento del presidente Cárdenas. Aunque Cárdenas había escogido a Manuel Ávila Camacho para que lo sustituyera, como hombre débil como hombre complaciente que tenía que obedecer siempre a Cárdenas, de todos modos alentó a Gildardo Magaña, a Francisco Múgica, a Sánchez Tapia, para que se lanzaran. Eso me lo dijo muchas veces Sánchez Tapia. Creo que el pensamiento de Cárdenas era que si había muchos candidatos y fracasaba la campaña en favor de Manuel Ávila Camacho, entonces cualquier otro de sus amigos, el que tuviera más probabilidades, resultaría su amigo dócil de siempre, y por eso los alentó.

*LCB:* Esta candidatura del comunista Laborde, ¿fue una cosa seria?

*JAA:* Yo no supe que hubiera candidatura de Laborde, no lo oí nombrar entonces.

*LCB:* En esta elección, en esta campaña, los líderes del movimiento sinarquista, ¿le ofrecieron su apoyo?

*JAA:* De mi parte no había confianza en los ofrecimientos de los líderes. Era el pueblo el que se empeñaba en que yo fuera presidente, tenían confianza en mí. Pero los líderes no disponían de mi confianza porque yo sé cómo son los líderes mexicanos. Ellos iban a ofrecerme lo que sus respectivos grupos les exigían, que estuvieran conmigo. Pero ellos por su cuenta nunca estuvieron francamente conmigo. Por ejemplo: Acción Nacional, que era el partido de ellos mejor organizado, ese grupo resultó manejado por el arzobispo de México. ¿Cómo se llamaba el arzobispo de México entonces?

*JW:* Luis María Martínez.

*JAA:* Sí señor. La plana mayor de Acción Nacional era manejada por el arzobispo. Los manejaba con tanta efectividad que poquitos días antes de las elecciones los llevó el arzobispo a Teziutlán, a tener una junta dizque secreta con Ávila Camacho. ¡Ya con las elecciones encima!, para que pactaran con Ávila Camacho, porque usaban el pretexto estúpido de que Manuel Ávila Camacho había publicado en todos los periódicos que él era creyente, como recurso político exclusivamente. Esa cuestión de respeto para la religión de sus mayores, eso se practica con los hechos, no con engañar al pueblo al decir que “soy creyente”.

*LCB:* Bueno, muchas gracias general. Ya voy a dar oportunidad al señor Wilkie para que continúe la entrevista.

*JAA:* Eso fue el arzobispo Martínez vendiendo a los de Acción Nacional con Ávila Camacho. Pero había aquí también, en Chilapa, el obispo Escudero que era de por allá de mi tierra, cuando me retiré, en diciembre de 1940, de toda actividad política, me visitó en mi casa un buen día —yo lo consideraba hombre serio y valiente y sincero— y me dijo: “Hombre a ver, ¿qué pasó con usted?, ¿por que no se levantó en armas?” Le dije: “Mire señor obispo, no se haga usted ilusiones; ¿no comprende usted que está lista la escuadra americana, el ejército americano, para invadirnos si hago un movimiento que tenga alguna fuerza. No puede ser que se maten cien o doscientos mil mexicanos inútilmente. ¿No comprende usted que ese movimiento en el fondo sería una guerra, no contra Cárdenas que no nos importa nada, sino contra los Estados Unidos? A pesar de que yo he predicado amistad para los Estados Unidos, ellos están resueltos a que no sea yo presidente. No sé por qué. Acá Jara se pone a publicar, en combinación con Daniels, que tengo organizado un complot nazi-almazanista y que ya están nombrados los estados mayores de las divisiones para atacar a los Estados Unidos por Laredo, por Matamoros, por Piedras Negras. Naturalmente, una gente sensata, de Roosevelt para abajo, se ríe de estas tonterías absolutamente falsas. Pero el gobierno americano de Roosevelt, que tiene que sostener su punto de vista, pues hace que todos los periódicos americanos hablen de ese complot. Esa es la causa por la que me retiré: por patriotismo”. Y el obispo me dio la razón.

En esas condiciones hasta al pueblo católico lo andaban también poniendo en contra. Eso explica por qué, para no sacrificar yo a muchos mexicanos inútilmente, por eso, me quedé en mi casa.

*JW:* ¿Cuándo fue eso?

*JAA:* Cuando vine de los Estados Unidos, en noviembre de 1940, los últimos días.

*JW*: Hablando de lo clerical, hubieron muchos cargos en contra de usted, acusándolo de ser proclerical, prorreligioso y profascista durante la campaña. Quisiéramos aclarar esto, porque los historiadores siguen repitiendo estos cargos sin entenderlos. Parece que el periódico *Omega*, que le apoyó a usted tanto, tenía vínculos o relaciones con Hitler, o con Alemania, en esa época. Según los cargos que se han hecho, *El Hombre Libre* era un periódico muy proclerical, tan católico que criticaba duramente al gobierno. El hecho de que lo apoyaran estos dos periódicos, tal vez haya sido el motivo de los cargos contra usted.

*JAA*: ¡No! Esas son patadas de ahogado de quien no puede explicar su perversidad. Yo no sé nada de los antecedentes del director de *Omega*, que era el señor Rodríguez de la Vega—vive en México y él puede dar todas las explicaciones que sean necesarias—. Por el otro lado, de *El Diario del Hogar* o *El Hombre Libre*, del señor Diego Arenas Guzmán, tampoco he sabido, ni de uno ni del otro, que sean clericales, que hayan sido clericales o fascistas.

Es más fácil decir que don José Vasconcelos tuvo sus arranques y publicó un periódico que se llamaba *El Timón*, con rasgos de totalitarismo.

En 1938 o 1939 estuve en Berlín con el encargado de la embajada, el licenciado Icaza, que ahora está en Buenos Aires como embajador de México. Llegué a Berlín, lo visité y me pidió que lo acompañara a comer en la embajada. Fui con mucho gusto. Acabando de comer en la embajada me invitó a una recepción donde, dijo, tendría la oportunidad de conocer a Hitler, al *Führer*. El licenciado Icaza dijo: “En la tribuna oficial vamos a estar todos los del cuerpo diplomático y yo tengo buenas relaciones aquí, en la Secretaría de Relaciones alemana, y vamos a saludar a Hitler todos los diplomáticos, y a mí me atienden muy bien. Entonces lo voy a llevar a usted para que salude a Hitler, a ese gran personaje”.

Le dije que no me interesaba el señor Hitler y que prefería conocer una de las nuevas carreteras que estaban haciendo los alemanes. Y nos fuimos a visitar una carretera. Yo no quería saber nada de Hitler ni del ejército alemán, porque, sinceramente, desde el colegio mi hermano el gobernador y yo éramos enemigos del totalitarismo, llámese ruso, fascismo, hitlerismo. Nosotros éramos demócratas.

Otro mexicano, como Ávila Camacho, le va a besar los pies a Hitler. ¡A mí no me interesaba! Con eso le digo a usted que yo no fui fascista ni hitleriano. Fui demócrata mexicano y siempre he procurado que todos los países, chicos y grandes, respeten a México.

*JW*: Durante muchos años usted habló de crear una clase de latinoamericanismo, de la reunificación de Latinoamérica para efectuar el cambio económico, social y político, para evitar la entrada de tanta influencia norteamericana.

*JAA:* No se trata de evitar la entrada, se trata de organizarlos, porque somos gente racional. ¿Por qué razón aquí, en Brasil y en toda Latinoamérica? Creo que ya somos unos doscientos millones. ¿Por qué no nos reunimos, nos unimos, nos reorganizamos bien y decimos: "Bueno, aquí en el continente hay doscientos y tantos millones de gente que habla español o portugués". Por el otro lado, los Estados Unidos, Canadá y posesiones, hay otros doscientos millones, más o menos igual. ¿Por qué no nos unimos los latinos en una confederación y, por otro lado, Canadá se une a los Estados Unidos y forman otra confederación? Y dos confederaciones únicas en el Continente, con muchísima facilidad se entienden. Ya no tienen que correr por todos los pequeños países de América, que son miserables, una cosa insignificante, como Haití y otros. ¿Por qué no somos fuertes por los dos lados y nos unimos sinceramente, para ser un ejemplo de la humanidad?

*JW:* Esa idea que usted proponía en esos años, ¿no tuvo nada que ver entonces con el movimiento de hispanidad, el movimiento franquista que tuvo importancia aquí en México?

*JAA:* ¿Sabe, si no quise ir a conocer a Hitler, usted comprende que al pobre Franco menos?

*JW:* Pero Franco tiene la misma sangre del mundo ibérico.

*JAA:* Sí, pero no es para subordinarnos a ese señor. Todo lo que quieran de los latinoamericanos, amistosamente, en pie de igualdad, debe aceptarse, para unirse. Usted comprende que si todos estos países se organizan y le dicen a Europa, a Rusia y a África: "Nosotros tenemos tales recursos naturales que necesitamos vender, pero ustedes no podrán comprarnos a cada uno en detalle sino que debe ser a nuestras entidades organizadas, para que nosotros aceptemos los precios que nos pongan o, de lo contrario, los industrializamos nosotros". Todo es cuestión de unión para ser fuertes, y no para pelear con nadie. Al contrario, para ser amigo de todos.

*JW:* Pero la dificultad con los latinos es que han tenido problemas en la manera de organizarse.

*JAA:* El problema es que siempre han predominado los grupos oligárquicos, a los que sólo les importa el beneficio escandaloso de su grupo, sin consideración para el resto del pueblo que se muere de hambre.

*JW:* Hablando de organización, parece que fue el cardenismo el que se vio tan influenciado por las corrientes mundiales, por el ambiente mundial, que aceptó un tipo de fascismo en la organización del Partido Revolucionario Mexicano. Tal vez la organización tuvo raíces lejanas, en la Italia de Mussolini.

*JAA:* No señor. Yo no sé nada de eso. Una vez que fui a Italia hablaban mucho de Mussolini, de Ciano y de toda esa gente, y yo iba de Francia y les decía:

“¡Pero, qué barbaridad!, lo que noto aquí es que estos italianos son muy habladores, y que el día que quiera Francia se los come. A mí no me convencen estos italianos como hombres de guerra”. Y así fue, ya ven en qué terminó lo de Abisinia, el ridículo. De modo que no me podían seducir.

*JW:* Pero la organización del Estado corporativo de Italia tuvo un impacto muy importante en Latinoamérica, por ejemplo, en el peronismo y en el cardenismo, al tratar de hacer organizaciones por sectores, por grupos sociales, para encontrar la manera de que el partido pudiera conciliar las diferencias entre los distintos grupos. Esta fue una organización muy diferente a la del comunismo, que quería acabar con las clases que no fueran del proletariado, y fue muy diferente de la democracia, en la que no se piensa tanto en sectores ni en grupos, sino solamente en el individualismo. En este sentido, ¿qué cree usted que fue el PRM?

*JAA:* Son grupos organizados, con la idea del general Calles, para mantener el dominio político.

*JW:* Ese fue el Partido Nacional Revolucionario.

*JAA:* ¡Es lo mismo! Para mí es lo mismo. Organizaron a los empleados del gobierno por medio del salario que les pagan a todos los empleados, para tener una fuerza política muy respetable, para que se mantenga el mismo comando superior, para que los mexicanos vivan obedeciendo. ¡Eso es todo!

*JW:* Veamos el cardenismo, con la Secretaría de Economía, que tuvo su origen con el licenciado Primo Villa Michel, que fue ministro en Alemania y regresó para fundar el ministerio de Economía durante la presidencia de Rodríguez. En ese ejemplo vemos que en México se buscó imitar a Alemania tratando de resolver los problemas de la crisis mundial de 1929. Ese es un método de organización estatal, nazi. Por otro lado, parece que hay un parecido, solamente un parecido, porque cuando viene a México los resultados son diferentes de los del viejo mundo. Había otro parecido en la organización del Partido Revolucionario Mexicano, y estoy tratando de cotejar estos parecidos para compararlos con el programa de usted, porque en el ambiente de 1930 hasta 1940, en la lucha de organización, había métodos parecidos al totalitarismo que nadie podía evitar que se adoptaran en su campaña. Muchas personas han dicho, en el extranjero especialmente, que usted tenía mucho más de estos matices totalitarios que Manuel Ávila Camacho. Esas personas creen que por el apoyo que usted tuvo de los sinarquistas, de los panistas de *Omega* y de estos periódicos, que tal vez usted representaba un movimiento que no era natural de México.

*JAA:* ¡Esas son puras ilusiones! Nosotros nunca pensamos en nada que significara totalitarismo, ni para el lado de Rusia, para el lado de Moscú, ni para el lado de Italia. Nuestros sentimientos eran democráticos, exclusivamente

democráticos. Nuestra esperanza era que con esos movimientos democráticos, pudiéramos unirnos en todo el Continente para ser fuertes.

*JW:* Lo raro es que en México, con tantas personas que viven en la pobreza, en condiciones muy adversas, si esas personas votan, ¿cómo van a votar? ¿No votarán por personas que sean demagogas? ¿Votarán para que se reparta toda la tierra de una vez? Porque esa gente no tiene nada, quiere la tierra; no quiere pagar impuestos, quiere el derecho de huelga espontáneamente. ¿No van a querer estas cosas por vivir en condiciones tan adversas?

*JAA:* No señor. Cuando yo figuré en eso, nosotros éramos amantes de hacer elecciones y de que se respetara la voluntad popular. Yo tenía la convicción, y la sigo teniendo, de que, cuando efectivamente el pueblo tiene la seguridad de que se va a respetar su voluntad —aun los más ignorantes, los más desvalidos—, siempre cuando quieren libertad escogen al mejor; por instinto de conservación, por el instinto de adquirir fuerza para su desarrollo propio, siempre escogen al mejor candidato.

*JW:* Hitler llegó al poder por el voto popular.

*JAA:* Ahí sí no sé cómo hacían esos plebicitos. En primer lugar, Hitler no era ario. Así es que no me huele. ¿Usted no ha leído por allí algunos que Hitler era judío?

*JW:* Todavía se discute eso. Sus antepasados son tan confusos que sería muy difícil definir lo que fue. Pero cuando el porcentaje de analfabetismo es muy alto, cuando las personas viven en la pobreza, y después de un periodo como el de Cárdenas, ¿qué van a querer? Si tienen el voto y pueden votar libremente, ¿quién sabe qué puedan hacer? Pudieran votar para hacer un cambio absoluto de la organización del Estado, como lo hicieron después de la depresión en Alemania. Así llegó Hitler al poder. En Alemania, las personas que vivieron durante la depresión en condiciones de desempleo y de tantos problemas, le dieron a Hitler la oportunidad de llegar al poder, para cambiar radicalmente el modo de vivir. Pero Hitler llegó en una forma democrática, a veces engañando a la gente, porque prometió muchas cosas que al final no cumplió. A veces el pueblo hace una mala elección y el voto tiene resultados muy diferentes de lo que se esperaba. ¿Tuvo usted relaciones con otros grupos que no apoyaban al gobierno en México, por ejemplo el grupo de Nicholas Rodríguez, de Los Camisas Doradas?

*JAA:* ¡Jamás!

*JW:* ¿Lo apoyaron ellos?

*JAA:* No. Creo que no. Yo no recibí a nadie de ellos.

*JW:* De los sinarquistas, usted no tuvo relación con los líderes; nada más fue un movimiento espontáneo entre la gente.

*JAA:* A los líderes los separaron de mí, sobre todo cuando fracasé en la cuestión presidencial.

*JW:* El PAN, en su convención nacional, resolvió respaldarlo a usted, pero nunca le comunicaron a usted esa disposición.

*JAA:* ¡Jamás!, porque ellos iban tras de su interés personal.

*JW:* Gómez Morín prefería a González Luna como candidato.

*JAA:* Sí, siempre. Lo propuso y toda la convención desechó las ideas de Gómez Morín y me apoyó a la fuerza; me apoyaron contra la voluntad de él.

*JW:* Durante la presidencia de Lázaro Cárdenas había muchos focos de desafectos dentro del cardenismo, por ejemplo, los camisas doradas, los sinarquistas, los panistas. ¿Puede contarnos en favor de quién estaban los camisas rojas? ¿Estaban a favor o en contra del gobierno? ¿Tenían matices de fascismo, de peronismo? ¿Qué fueron, o qué impacto causaron en la vida nacional en aquel entonces?

*JAA:* No lo recuerdo, porque yo nunca he tenido contacto con esos grupos. Alguna que otra vez he leído en periódicos de camisas negras, de camisas rojas, pero eso siempre se me ha figurado muy poco serio, pura payasada.

*JW:* Hablando de rebeliones militares, el profesor Brown tiene unas preguntas acerca de los problemas militares desde la rebelión de 1923 y la actuación de usted allá, hasta Gómez y Serrano y las condiciones para una rebelión en 1940.

28 de diciembre de 1964

*LCB:* Quiero que usted nos hable acerca de los levantamientos de los años de 1923, 1927, 1929 y 1938, y las actuaciones de usted en esas épocas. ¿Quisiera comenzar con el levantamiento de 1923, de De la Huerta? Después Gómez y Serrano en 1927, Escobar en 1929 y Cedillo en 1938. Sabemos que esos años fueron épocas de mucha agitación política y militar en México. Fue una época muy difícil para el país y sin duda alguna usted tendrá observaciones sobre los hombres y sus actuaciones en estos tiempos.

*JAA:* Después de la muerte del señor Carranza subsistieron razones para que muchas gentes pensarán que era indispensable seguir con la costumbre ancestral en la República de que los hombres de armas obtuvieran por la fuerza lo que en su concepto necesitaban, bien fuera la Presidencia de la República, gubernaturas de estados, o simplemente ocasiones de hacer negocios. De allí arrancaba el origen esencial de los cuartelazos en México, de los movimientos militares que eran simplemente manifestaciones de ambición personal. Nosotros, algunos jefes de 1910, consideramos siempre que esa costumbre de

realizar cuartelazos, o sea movimientos de soldados que salían de sus cuarteles para encabezar un movimiento armado generalmente contra el Presidente de la República, era una pésima costumbre, pensábamos que había que acabar con ella. Desde 1910 hasta 1920, cuando reconocí al gobierno que formó el general Álvaro Obregón, nunca tomé parte en un movimiento de esos, que en el fondo son movimientos de traición, y consideré que era funesto para el país que siguiera esa costumbre de los cuartelazos. Por esa razón, cuando reconocí al gobierno del general Obregón, me propuse combatir con todas mis posibilidades a esos movimientos que tanto dañaban al país.

*LCB:* ¿Recibió usted en estos años alguna invitación para sostener el levantamiento de De la Huerta, Gómez, Serrano, Escobar o Cedillo?

*JAA:* Mi actitud era siempre tan decidida, por el cumplimiento de mi deber, que nunca recibí una invitación. Es más, cuando en 1927 Gómez y Serrano organizaron un movimiento contra el gobierno, se puede decir que yo era un amigo de las confianzas de Serrano, y sin embargo, cuando alguien le dijo: “Hay que invitar al general Almazán, porque él tiene Nuevo León y si se junta con nosotros tendremos éxito”, el general Serrano —cosa que me honra— les respondió: “Al general Almazán no lo invitamos precisamente porque lo conozco, porque lo quiero, porque se me hace que será fiel cumplidor de lo que considera su deber, cueste lo que le cueste; por esa razón es inútil hablarle de nada”. Y así pasó.

*LCB:* Hablemos de estos levantamientos. ¿Puede decirnos algo de sus actuaciones en favor del gobierno? ¿Tuvo usted parte en las campañas de 1923?

*JAA:* Sí, tuve una parte muy principal en combatir esos movimientos armados a las órdenes del presidente de la República, el señor Álvaro Obregón. Durante esas campañas mi resolución era definitiva para ir contra los cuartelazos, como les llaman en México a los movimientos militares. En 1923, la actuación de mis tropas resultó importantísima y se les acreditó una parte grande en las victorias en favor del gobierno.

*LCB:* En 1927, ¿tomó usted parte en el movimiento contra Gómez y Serrano?

*JAA:* No participé en el movimiento de 1927 que acabó con los candidatos presidenciales, el general Serrano y el general Gómez, pues no nos tocó, ni a mí ni a mi tropa, intervenir en esos movimientos. Yo estaba con mis soldados en Nuevo León y Coahuila y parte de Tamaulipas. Pero fue una cosa tan rápida como se resolvió ese asunto, que no me dio tiempo de mover elementos militares a mis órdenes, ni siquiera tuve órdenes de la Secretaría de Guerra para hacerlo. Todo se acabó muy rápidamente.

*LCB:* Es interesante que en 1929, en el tiempo del levantamiento de Escobar, usted y Cárdenas probablemente hayan desempeñado los papeles más importantes en esa campaña. ¿Puede decirnos algo de sus respectivas operaciones?

*JAA:* Cuando se realizó el movimiento de Gonzalo Escobar en contra del gobierno del presidente Calles, él mismo asumió rápidamente la Secretaría de Guerra, por la imposibilidad física del general Amaro que había sufrido una lesión que le hizo perder unos cuantos días antes un ojo. El general Calles me llamó urgentemente a México, al tenerse la seguridad de que iba a ocurrir ese movimiento. Me vine por las órdenes terminantes que recibí perentoriamente y resultó que mientras yo avanzaba a la capital de la República con una pequeña escolta, Gonzalo Escobar —que había estado comunicándose conmigo, invitándome a unas fiestas que iba a hacer en Torreón, demostrándome gran afecto—, se metió a Monterrey para darme un golpe allí. Inmediatamente seguí a México y encontré un apoyo decidido del gobierno que presidía en esos momentos el licenciado Portes Gil; con toda la velocidad que permitieron los trenes militares que se formaron en México, regresé a recuperar Monterrey; seguí a Escobar a Torreón y de allí entramos a Chihuahua para tener la batalla definitiva que acabó con ese movimiento, en Jiménez, Chihuahua. Seguí la persecución de los restos de los escobaristas hasta Aguaprieta, en Sonora. Mientras tanto, el general Calles había avanzado con el general Lázaro Cárdenas por el occidente, rumbo a Mazatlán, y de allí a Sonora; pero ellos ya no tuvieron oportunidad de tener alguna batalla importante, porque nosotros, por el lado oriente, por Nuevo León, Durango, Coahuila y Chihuahua, hasta entrar a Sonora, habíamos acabado con todos los elementos que significaban alguna fuerza para Gómez y Escobar.

*LCB:* Unos historiadores y periodistas han escrito que en esa época Escobar y sus socios robaron muchos bancos y cuando huyeron del país se llevaron una fortuna. ¿Es verdad esto?

*JAA:* No sé qué tanto llevaban, porque si los alcanzamos seguramente lo hubiéramos contado. Pero sí recuerdo que en Monterrey, por ejemplo, habían sacado dinero de algunos bancos, pero no sé exactamente qué tanto fue.

*LCB:* Unas personas lo han criticado a usted, porque usted le dio protección al general Rodolfo Herrero. ¿Puede usted decirnos algo de sus relaciones con el general Herrero?

*JAA:* Yo aclaré muchas veces mi conducta para con el general Herrero, hasta que me aburrí y ya no me interesó. La realidad es que el general Herrero era de las fuerzas del general Arnulfo Gómez, que mandó algunos días las fuerzas federales en Puebla. Después lo enviaron para mandar la guarnición en México, mientras a mí me movían de Aguascalientes a Puebla. El general Gómez acogió allí a Herrero y no sé por qué circunstancia lo apoyó sin recato, sin límite, mientras estuvo unos días en Puebla. Luego, cuando el general Gómez pasaba a México, me dejó a Herrero en Puebla, como reliquia histórica, muy recomendado. Herrero sentía la animadversión, el odio de los

antiguos carrancistas. Lo protegí por las recomendaciones especiales del general Arnulfo Gómez y por mi modo de ser de proteger al débil, sin importarme la culpabilidad de cada quien, porque en esos casos debe ser la autoridad judicial la que diga si cualquier individuo es culpable o no de lo que lo acusan. Así, consentí que Herrero estuviera a mis órdenes algún tiempo. Pero sin que tampoco Herrero me pidiera nada de justicia, porque nunca me habló de la necesidad de que yo lo apoyara o lo escondiera. Y como era un militar reconocido por el gobierno del general Obregón y protegido por ese mismo gobierno, naturalmente —sin importarme su conducta con respecto a Carranza—, simplemente creí mi deber darle garantías. Eso es absolutamente todo.

*LCB:* Tengo otra pregunta sobre un revolucionario, a quien tuve oportunidad de conocer poco antes de que muriera, el general José Ramírez Garrido, de Tabasco. Entiendo que él fue uno de los partidarios de usted en 1940, y quizás como resultado de esta elección tuvo él un combate, pues él estaba dispuesto a encabezar un movimiento militar en una parte del país. ¿Es verdad esto?

*JAA:* Sí señor. En mi campaña política figuraban, entre mis partidarios muchos militares, algunos de los cuales los consideraba yo como hombres de acción que podían necesitarse a la hora que se viera claramente que la voluntad popular no iba a ser respetada por las gentes de Lázaro Cárdenas. En ese concepto, cuando el general José Ramírez Garrido, el general Andrés Arzosa Berase, el general Vicente Torres, y otros muchos se ofrecieron a ayudarme para que fuera respetada la voluntad popular, naturalmente yo los acogí con la mejor voluntad para que me ayudaran a imponer esa voluntad popular. No fue sino hasta que me convencí palpablemente de que ya no se trataba de Lázaro Cárdenas, ni del gobierno mexicano sino que se trataba del gobierno americano, del señor Roosevelt, tal vez siguiendo las insinuaciones o las quejas o la constante recomendación del embajador Daniels, que me llevaron al convencimiento absoluto de que los Estados Unidos no me dejarían llegar al gobierno de México. Hasta ese momento me convencí que no tenía yo posibilidad de enfrentarme a esa resolución de Roosevelt, y entonces me retiré, porque consideré que no tenía yo derecho a sacrificar a muchos mexicanos. Y así lo dije públicamente.

*JW:* Quisiera preguntarle acerca de la organización y dirección del Partido Revolucionario de la Unificación Nacional. ¿Cómo fue organizado este partido? ¿Fue una junta de otros partidos donde estaban representados muchos grupos, y cómo escogieron la dirección de este partido? ¿Quién fue el presidente?

*JAA:* No había un partido que proclamara y sostuviera mi candidatura, Era una avalancha de gente de todas partes, puede decirse espontáneamente,

como la revolución de Madero en 1910. Era el pueblo mexicano en todas sus manifestaciones, en toda la escala social de intelectuales, de humildes, obreros, de campesinos, de burócratas, de toda clase de gente que acudía a Madero a ofrecerle sus servicios. Entonces, Madero autorizó que esos grupos de gentes pudieran reunirse, organizarse y formar el Partido Antirreeleccionista. Ese partido escogió como candidato a la presidencia a Madero, y a la vicepresidencia al doctor Vásquez Gómez. Luego vinieron las diferencias entre ellos. Sobre todo al triunfar la revolución de Madero, Madero lo primero que hizo fue desconocer al compañero, al doctor Vásquez Gómez para darle la vicepresidencia al licenciado Pino Suárez. Lo que era indebido, porque se había formado una opinión general en el país a favor de dos, para presidente y para vicepresidente. Era la fórmula que debía de haber sostenido Madero. Pero por las dificultades de ellos, desconoció Madero al doctor Vásquez Gómez. Riñó con él y se apresuró a formar un partido político a espaldas del Antirreeleccionista, y por esa razón los verdaderos antirreeleccionistas no estuvieron con Madero.

*JW:* Estuvieron con Vásquez Gómez.

*JAA:* En 1939 pasó lo mismo; fue una avalancha de elementos nacionales, no políticos, no almanistas, simplemente de gente que iba en masas tremendas a pedir que se luchara por mi candidatura. Naturalmente con toda esa masa amorfa no podía dirigirse la cosa de la formación de un partido, sino se escogieron gentes que tuvieran algún prestigio en todos los órdenes, según mi leal saber y entender, y a esas gentes se les comisionó para que organizaran. En primer lugar, se escogió a un hermano del presidente Madero para que fuera el presidente del partido nuestro, al licenciado Emilio Madero. Luego, personas que tuvieran prestigio en el pueblo mexicano. Se escogió entonces al licenciado Soto y Gama. Por esa razón, se escogieron personas conspicuas, dentro de los elementos que habían tomado participación en la política. Por eso nombramos como presidente al señor Emilio Madero como jefe de la sección agraria. Para dirigir el movimiento obrero se nombró a mi hermano, el doctor Almazán, que había sido gobernador de Puebla y siempre había contado con el beneplácito de la clase obrera en toda su actuación como gobernador. Por consideraciones políticas, se nombró para que dirigiera el partido al licenciado Eduardo Neri, que era amigo personal mío y que había sido Procurador General de la República en tiempo del general Obregón, a quien había ayudado mucho en su movimiento militar contra Carranza en el estado de Guerrero. Se nombró también al licenciado Gilberto Valenzuela, que tenía prestigio como hombre independiente, sobre todo cuando fue ministro de gobernación en tiempo del general Obregón. Y así por el estilo, fueron nombrados otros jefes. Pero esos más bien los nom-

bré yo, aconsejado naturalmente por los directores que iban saliendo para la política de entre gente que teníamos esperanzas de que sirviera realmente en la organización política de un partido y en el desarrollo de la campaña.

*JW:* En la última entrevista hablamos un poco del financiamiento de su campaña. Este partido que surgió, ¿no podía arreglar el financiamiento para evitar la necesidad de emitir bonos electorales? Porque los grupos que por lo general respaldan a una persona pueden recoger dinero para mantener su campaña.

*JAA:* Todo fue tan precipitado que se respetaba toda ayuda espontánea que saliera. Si alguno nos ofrecía diez mil pesos o veinte mil pesos los aceptábamos, de donde quiera que vinieran. Pero a pesar del entusiasmo, la gente no afloja el dinero fácilmente.

*JW:* Los bonos electorales que emitió usted, ¿pensaba pagarlos después?

*JAA:* Naturalmente, al triunfo de la causa.

*JW:* Es una manera diferente de conducir una campaña electoral. Usted salió de la campaña un poco como Vásquez Gómez entonces, aunque Vásquez Gómez no pensó igual en 1911.

*JAA:* Sí, yo recuerdo que dos hermanos de Vásquez Gómez, don Emilio y el doctor Vásquez Gómez, hicieron todo lo posible por que se respetara la voluntad popular que estaba de parte de ellos. Naturalmente, Madero, el caudillo, era el que tenía la verdadera popularidad, pero sin dejar de tener también popularidad los otros hermanos. De manera que si esa voluntad se hubiera respetado bien, pues hubiera sido para don Francisco Madero un modo más fácil de gobernar al país, de no tener dificultades, de no tener muchos enemigos.

*JW:* ¿Cuáles fueron las diferencias entre Madero y Vásquez Gómez? ¿Fueron ideológicas, o fueron personales?

*JAA:* Don Francisco I. Madero, a quien siempre respeté mucho, pero que mi respeto no era tanto que no viera yo la verdad, don Francisco Madero era excesivamente terco y caprichudo. Y si decía que había que ir por este lado, no le importaba lo que opinaran los Vásquez Gómez ni otros partidarios. Él quería imponer su voluntad. Repetidas veces comí en la casa de Madero, con la familia, con él, en su mesa. Y naturalmente, la mamá, el papá de Madero, las hermanas, los hermanos, traían la plática sobre el problema de Morelos, donde yo era jefe de las armas. Y yo sostenía que en Morelos había una resolución incontenible, poderosa, de que se dieran las tierras a los campesinos. Eso le daba toda la fuerza a Zapata. Eso hice ver muchas veces allí, en la comida de la casa de Madero. Y todos, la mamá, el papá, las hermanas, y sobre todo los hermanos, todos le decían al señor Madero: "Hombre, Panchito, fíjate en lo que dice Andreu, lo que dice Juan. Puede tener razón,

puede ser que este Zapata no sea tan bandido. Pero él dice que es la voluntad de Morelos la que reclama eso”.

“Oh no. Este muchachito tan simpático no sabe de eso. Lo vamos a mandar a Alemania a acabar sus estudios”. Y con eso se acababa la comida.

Una vez llegué a decirle: “Señor Madero, piense que si sigue usted con esos caprichos va a ser causa de un movimiento armado agrario que puede acabar con usted”.

“Usted no sabe de eso, usted no sabe de eso”. Y acabó como yo le decía, y como eran testigos toda la familia.

*JW:* ¿Cree usted que Vásquez Gómez representaba la corriente agrarista?

*JAA:* Pues no precisamente la corriente agrarista, sino la corriente revolucionaria radical. El hermano de don Emilio Vásquez Gómez había sido criticado, porque había sostenido que una de las formas de ayudar a la agricultura era hacer muchas presas, pequeños vasos para captar agua y si no había dinero, pues poner todos los presos que hubiera en la República a hacer presas, tanques. Y se burlaron de él porque quería hacer presas con presos, que tal vez quisiera también las presas con presas. Pero en el fondo había un sentimiento agrario.

*JW:* Hablando de la posibilidad de revolución, en 1940 al perder la elección y salir del país, ¿usted creía que sería posible encauzar al pueblo en contra de un ejército tan bien armado como el ejército de México en 1940, que tenía fuerza aérea y que tenía tantos recursos?

*JAA:* Ese ejército, que dice usted que era tan eficiente y tan bien organizado, precisamente con ese ejército contábamos. Yo había pulsado muy bien la situación y todos los generales, como Ramírez Garrido y Vicente Torres, el general Sarzosa y otros muchos, me traían la información de los elementos militares, de los cuerpos. De la aviación, después de las elecciones fueron a mi casa infinidad de aviadores uniformados y organizados a ponerse a mis órdenes; y de los cuerpos de caballería e infantería lo mismo. Elementos para combatir a Cárdenas, elementos militares, había muchos. Insisto en que fue la actitud del gobierno norteamericano la que me hizo ver las cosas claras y desistir de cualquier movimiento.

*JW:* ¿Usted cree que el gobierno norteamericano pensaba en intervenir entonces en México?

*JAA:* Absolutamente.

*JW:* No había hecho eso desde 1916 y 1917, cuando estaba Pershing.

*JAA:* Sí, señor. Pero Pershing tenía en consideración que los hombres con mucho poder se ofuscan y no ven claro. Yo tenía la seguridad de que contaría con la simpatía del gobierno americano, porque veía yo que todos los americanos en el país, cuarenta o cincuenta mil americanos que estaban en

el país, el 95% eran partidarios míos. Eso prueba que había un sentimiento grande en mi favor. La cuestión de enemistad conmigo no fue nada más que la de Mr. Daniels. En mi concepto, el señor Daniels ya estaba viejo, y vino diciendo: "Hombre, yo voy a México porque debe de haber mala voluntad para mí. Debe haber mala voluntad para mí porque yo ordené que desembarcaran los marinos en Veracruz. Yo era secretario del gobierno de Wilson y mi amigo Roosevelt era el subsecretario; y yo ordené esa muerte. Y eso es una mancha para mi carrera, etc." Y cuando Roosevelt le dijo, ya como presidente: "¿Qué quiere usted amigo?" "Quiero que me mande de embajador a México". "¿Y por qué?" "Pues yo quiero". "Ah, chief, ¡Cómo no!"

Pues llegó Daniels, con la antipatía de algunas gentes, más en lo personal, porque había mandado matar mexicanos él y muchos otros. El gobierno mexicano daba su conformidad para que viniera, pero nosotros no debíamos decir nada, aunque nos pareciera indebido. Llegó el señor Daniels y hubo otros, eso sí, listos, como Abelardo Rodríguez y Lázaro Cárdenas, que se apresuraron a demostrar su júbilo porque venía ese señor. Una cosa es quedarse callado y no decir nada, y otra cosa es abrazar y felicitar. De allí vino la diferencia entre los agasajos para Daniels de parte de los cardenistas y de parte de Abelardo Rodríguez, con la actitud seria del resto de nosotros. JW: Daniels quería venir a México para compensar sus actitudes, como mandar las fuerzas norteamericanas años antes, quería venir como el "*good neighbor*", para evitar tal cosa. Si él venía con esa actitud, ¿por qué piensa usted que el gobierno norteamericano iba a intervenir en México en 1940? Precisamente Daniels representaba el movimiento en contra la intervención.

JAA: Porque intervino. No era algo que pensara yo, sino que intervino. Yo había tenido mucho cuidado de la cuestión ideológica del norte de Europa, de Hitler, Mussolini, y más allá, Rusia, que no nos afectara a nosotros; ser nosotros demócratas sinceros, sin meternos a averiguar quién tenía razón allá, quién tenía simpatía. Por esa razón, nuestro movimiento era sencillamente demócrata. Esperábamos que el gobierno de Roosevelt se diera cuenta de eso y vieran, según el movimiento que había en México, que era una gran oportunidad para los Estados Unidos para tener a México verdaderamente de amigo y de aliado, en un caso de apuro.

JW: Pero ideológicamente Roosevelt tuvo que ver mucho con Cárdenas. Se hablaba en esos días del "Mexican New Deal". El programa de Cárdenas no era tan diferente del de Roosevelt y pensaban en los mismos términos. Y tenían su mutuo amigo, Daniels. Entonces, ¿no sería más conveniente para Roosevelt tener a un amigo de Cárdenas en la presidencia de México?

JAA: Precisamente por eso lo hizo. Porque no me va usted a negar que Roosevelt y Daniels la dragoneaban de un poquito de comunistas. A Roosevelt le daba

porque era muy amigo de "Joe" y "Joe" era José Stalin, y que iba a dominar a Joe, que iba a conducirlo por donde Roosevelt quisiera. Y no sabía que aquel troglodita no se dejaba dominar por nadie.

*JW:* Roosevelt tenía estas tendencias socialistas y Cárdenas también.

*JAA:* Y yo también. Yo, ¿por qué no?

*JW:* Usted estaba luchando en contra de Cárdenas.

*JAA:* ¡Ah, pero Cárdenas no era Dios para que tuviera la verdad absoluta! Cárdenas era un demagogo inepto, absolutamente inepto, que todo gran asunto nacional, que podía desarrollarse muy bien con tantito cuidado, lo hechaba a perder, porque procedía con los pies.

*JW:* Usted decidió hacer una campaña electoral completamente y no hacer planes para hacer una Revolución. No andaba por el país conspirando. ¿No fue esto algo muy extraño, a la luz del hecho de que en 1936, cuando usted estaba de jefe de zona en Nuevo León, Cárdenas anuló la elección del general Fortunato Suazo?

*JAA:* ¿Y por qué la anuló?

*JW:* Bueno, usted me dice.

*JAA:* No. Yo no quiero decirle nada. Cárdenas anuló a Suazo que ganó limpiamente porque, por el otro lado, antes de la lucha de Cárdenas o de Suazo, había habido una lucha de Suazo contra el hijo del general Calles, Plutarco Elías Calles, y naturalmente Cárdenas tuvo que ir con el hijo del general Calles. Después lanzaron a un general Guerrero contra Suazo. ¡Hombre!, todo el pueblo ciegamente escogía a Suazo. Yo no era enemigo de Suazo, ni de Guerrero, pero sí sabía que Guerrero era de los que tenían pésimos antecedentes, un criminal. Entonces Cárdenas me pidió que por esa vez los militares le ayudaran a llevar la cuenta en todas las casillas para que él supiera bien quién había ganado. Esa noche le informé, ya con los datos de todo el estado, que había ganado limpiamente Suazo. Me dio las gracias y luego mandó al Jefe del Partido a reconocer al otro. ¿Qué no se le hace que Cárdenas es un pillo, un hipócrita?

*JW:* Eso fue en 1936, y tres años más tarde, ¿esperaba usted algo limpio de Cárdenas, con el ejemplo de esa experiencia de Cárdenas?

*JAA:* ¿Qué iba a esperar de Cárdenas? Que respetara la voluntad popular, como lo estaba haciendo yo todos los días; que respetara la voluntad popular por su conveniencia. ¡Si había una manifestación tremenda en el país a mi favor! A Cárdenas le convenía tener un gran prestigio después y no que todo el mundo dijera de él horrores como lo dicen a la fecha. Es un gran hipócrita.

*JW:* A los políticos les conviene tener su propio hombre en la posición del poder. Cárdenas ganó la elección de 1934 con el 98.2 por ciento del voto.

Eso es muy alto. Sólo hay una persona en el siglo XX que ha ganado más en las elecciones revolucionarias, y fue Madero, que no tuvo oposición. Cárdenas sí tuvo oposición y ganó casi tanto como Madero. Y era un hombre que gana tanto como eso y piensa en términos colectivistas y piensa en términos de disciplina al partido del cual había salido usted. En ese tiempo, ¿era usted miembro del partido, como militar?

*JAA:* Como militar yo nunca me metí en eso; nunca supe nada del partido.

*JW:* Pero, ¿no quería tomar parte dentro del partido?

*JAA:* No, porque era una estúpidez. Había uno que iba a resolver lo del partido y vi que era Cárdenas.

*JW:* Después de la experiencia de usted con Cárdenas sería una ironía que creyera que Cárdenas iba a jugar limpiamente en las elecciones.

*JAA:* Yo a Cárdenas siempre lo consideré como el hombre más hipócrita, y no ha cambiado mi idea, ni antes ni después de Cárdenas. A mí no me importaba Cárdenas; a mí lo que me importaba era la opinión del pueblo, y la opinión estuvo conmigo antes totalmente, y aun en la elección de Cárdenas. Esas son historias tontas del partido, que dice que ganó con 94%. ¡Si el 90 por ciento no iba a las elecciones entonces! Y ahora salen con que el 94 por ciento. Se acostumbra la prensa en México, y luego se extiende esa información a otros países, sobre todo en los Estados Unidos, diciendo mentiras.

*JW:* Creyendo usted en la democracia, usted puso su fe en ella, y la puso en Cárdenas y en Roosevelt, lo que parece que fue un gran error. Para usted ganar, debía haber...

*JAA:* ...debía de haber sido yo como la Divina Providencia, o como Moisés para andar sacando agua de las rocas con una varita. Así yo también debí de haber aniquilado, como el profeta Elías, o cualquiera de esos, con mi carro de fuego a los ejércitos que no desistían de Cárdenas.

*JW:* Después de la elección ustedes pensaron en hacer una Revolución si los Estados Unidos se quedaba neutral. Primero pensaron en una huelga de brazos caídos, y después en una huelga general a fines de noviembre de 1940.

*JAA:* Sí señor. Pensábamos en una insurrección. Yo era enemigo de los cuarteles, pero prediqué mucho que las cosas debían resolverse por medio de la insurrección popular, que naturalmente arrasaba a todo el ejército.

*JW:* En 1926 los cristeros intentaron una huelga económica, y eso fracasó y por eso tuvieron que tomar las armas. En noviembre, ¿qué resultados tuvieron ustedes con su huelga de brazos caídos?

*JAA:* No la hicimos.

*JW:* ¿No pasó nada?

*JAA:* Nada pasó. No la hicimos, porque yo me vine de Estados Unidos y declaré que me iba a mi casa.

*JW:* Eso fue en los últimos días de noviembre, ¿pensaban en lanzar la huelga de brazos caídos el día primero de noviembre?

*JAA:* No lo sé, yo no estaba aquí y no lo vi. Pueden haber sido los políticos. Pero yo, cuando me vine de los Estados Unidos, vi que la cosa no tenía remedio. Y no tenía remedio porque, sin yo buscarlo, Elliot Roosevelt fue, de parte de su padre, a buscarme a Fort Worth, Texas. Allí estuvimos hablando y comprendí después que él no iba con sinceridad, sino que iba a averiguar: ¿qué proyectos tenía yo respecto al ejército mexicano?, ¿qué tenía yo preparado?

*JW:* ¿En qué fecha se reunió usted con Elliot Roosevelt?

*JAA:* No lo recuerdo.

*JW:* Usted se vio con Elliot Roosevelt el 24 de septiembre. En esa entrevista, por la cercanía de las elecciones en los Estados Unidos, Elliot Roosevelt no podía prometerle a usted mucho antes que ganara el Partido Demócrata. ¿Qué esperanzas tenía usted de que ganara el Partido Republicano en los Estados Unidos? ¿Cree usted que el Partido Republicano le hubiera dado mejor trato?

*JAA:* Creo que sí, porque en los Estados Unidos, a pesar de todas las cosas, son los republicanos los que han tratado mejor a América Latina. Porque todo lo de buena vecindad son puras historietas cómicas de periódicos, como Mutt y Jeff.

*JW:* ¿No creía usted que con el Partido Republicano, con Teodoro Roosevelt, en los años anteriores, el Partido Republicano había tratado de una manera muy despectiva a Latinoamérica?

*JAA:* No sé cómo trató a Latinoamérica. Lo único que sé es que fueron demócratas los que estuvieron invadiendo constantemente a Santo Domingo, a Haití, a Nicaragua. Los famosos demócratas, partidarios de la bondad, respeto a las razas, eran demócratas los que hacían todo eso.

*JW:* Los republicanos también fueron los que entraron en el mar Caribe con Hoover y con Harding.

*JAA:* Pero entonces ya había pasado todo lo de Wilson.

*JW:* Estamos hablando de sus ideas, de su ideología, de sus problemas. Durante la campaña y durante su estancia en los Estados Unidos, cuando pensaba usted en hacer una insurrección ha de haber pensado también en qué iba a hacer al llegar a la presidencia. Por ejemplo, ¿a quiénes pensaba usted nombrar para su gabinete?

*JAA:* Fíjese usted que cuando anda uno conociendo apenas a la gente, ya lo va uno a designar. ¡Muy trabajoso esto! Yo quiero insistir con usted en la clase de hombre a quien le dio el triunfo el señor Roosevelt. El general Cárdenas tuvo una junta, cuando era presidente, antes de las elecciones cuando ya la

cosa empezaba a caldearse a mi favor; tuvo una junta en su casa con el embajador en Washington, el doctor Castillo Nájera, que era mi amigo, y con el secretario de Guerra, Jesús Agustín Castro. Esa junta ocurría porque Jesús Agustín Castro insistía con Cárdenas para que le dedicaran algunos millones más a la Secretaría de Guerra para traer elementos de Estados Unidos, y que lo consiguieran allá, aunque fuera a crédito, porque él veía la situación muy peligrosa, en virtud de que el entusiasmo popular contra el gobierno era incontenible, y porque el ejército estaba sin elementos para una campaña de alguna duración. En todas las instancias presionaba el Secretario de Guerra para que rápidamente le facilitaran fondos, y para eso había llevado al doctor Castillo Nájera. El general Cárdenas, según platicó el mismo Castillo Nájera, terminó la discusión diciéndoles a los dos: “Miren señores, quítense de fantasías. Si el gobierno americano reconoce el triunfo del general Almazán en las elecciones, entonces salen sobrando las armas y el parque que quieren ustedes que compremos. De manera que usted, Pancho Castillo —el embajador—, lo que debe hacer es asegurarse de que el gobierno americano no reconozca el triunfo del general Almazán. Y a usted le puede ayudar mucho en esa tarea su colega el embajador Daniels”.

De modo que Cárdenas, en medio de su cinismo habitual, de su hipocresía fenomenal, veía bien la cosa, que querían trabajar los embajadores americano y mexicano, para que por ningún motivo el señor Roosevelt pensara en mí justicieramente. Ya ve usted cómo estaba planteada la cosa por Cárdenas, cosa que me sirvió también a mí para definir mi situación, cuando el señor Roosevelt, de acuerdo con su teoría de su pueblo mexicano, para hacer ostentación del interés de la decisión del gobierno americano, mandó como embajador especial al vicepresidente Wallace.

*JW:* ¿Qué pensaba usted? ¿Cuál hubiera sido su política internacional, en este ambiente mundial, de haber llegado a la presidencia? ¿Quería usted la neutralidad de México en la lucha entre Stalin y Roosevelt, o entre el Eje y las Naciones Unidas? ¿Cómo pensaba usted que México siguiera en 1940?

*JAA:* Ya lo había pensado desde antes, y lo dije públicamente. Allí está mi informe en el viaje al noreste. Hay un párrafo que dice que en caso de un conflicto mundial, mi idea es que debemos estar decididamente de parte de los Estados Unidos. Eso lo publiqué mucho antes, diez años antes.

*JW:* Entonces seguía usted con esa idea.

*JAA:* Naturalmente que seguía, y tengo que seguir, porque yo soy realista. ¿Vamos a esperar nosotros poder triunfar en un conflicto contra los Estados Unidos? ¡Es una estupidez! Entonces hay que ver las cosas como son y decir: “No, con los Estados Unidos tenemos que estar de amigos, pero también ellos que no la frieguen”.

*JW:* Hablando de su estancia en los Estados Unidos, en sus memorias publicadas en 1941 de la campaña de 1940, usted dice que Melchor Ortega actuó y gastó doscientos millones de pesos. ¿Cuánto fue?

*JAA:* No, no hablábamos de millones. Doscientos mil pesos.

*JW:* Pero, ¿qué pasó? No dice nada, dice que fracasó.

*JAA:* Fracasó porque se cogió el dinero; sencillamente se metió con un coyote que trabajaba mucho en los ferrocarriles, cogieron mi dinero y se acabó.

*JW:* Pero él estuvo con usted hasta el fin, en Dallas.

*JAA:* Pues sí, pero no dejaba de decir que se había perdido el dinero, que lo habían estafado. Después averigüé que había sido combinación de él con un individuo de muy malos antecedentes, un americano: Kats.

*JW:* Él tiene el poder. Él fue el apoderado de Katz.

*JAA:* No. Él le dio dinero para comprar armas, dinero mío.

*JW:* Y Katz se quedó con el dinero. ¿Y después?

*JAA:* Se lo dividieron.

*JW:* Así no se puede lanzar una insurrección. ¿Luis Morones tuvo alguna relación con la Federación Americana del Trabajo?

*JAA:* Luis Morones presumía de que la Federación Americana del Trabajo estaba completamente con él, y que había obtenido de la Federación que oportunamente hicieran las declaraciones necesarias para pedirle al gobierno americano que respetara la voluntad popular en México. Pero yo no sé hasta dónde tenía amistades valederas Morones. Eso es lo que decía él. Mi hermano Leónidas publicó, ya estando en Estados Unidos, un folleto. Él se había casado poco tiempo antes del día de las elecciones; se casó con una muchacha muy joven y él había renunciado a la Secretaría de Salubridad y yo le aconsejé que llevara a su luna de miel a la esposa; que fuera para allá unos días, a ver allá cómo se orientaba, qué oía. Mi hermano había sido embajador mexicano en Inglaterra y en Alemania, y tenía buenas relaciones con el embajador ruso, y con otros, y allí en Washington logró reanudar relaciones con un señor que había sido embajador de los Estados Unidos, un Mr. Gerard, y a él le encargó mi hermano Leónidas para ver si tenía alguna información favorable de Washington. Y el señor Gerard, después de algunos días, lo dice en el folleto que publicó, le dijo: "Oiga usted, en Washington dicen que su hermano, el general Almazán, no será nunca presidente de México.

*JW:* General, después de la campaña, después de que usted renunció a la presidencia en 1940, no se metió usted en política. ¿Qué hizo?

*JAA:* ¿Qué hice? Criar pollos para entretenerme. No podía emprender ningún negocio, y no sólo no podía, sino que en realidad le debo a sus paisanos los americanos —a Roosevelt y socios— estar discriminado en mi país hasta la fecha. Porque usted comprende que le regalaron los Estados Unidos a Cár-

denas el país, como quien regala un rancho, como un rancho de Mr. Johnson, allí cerca de Austin. Entonces, yo jamás he podido hacer un negocio hace veinticinco años. No he podido hacer el menor negocio, porque cuanto dinero podía yo meter a ese negocio iría al fracaso redondamente, porque a cualquiera que le hablara yo de negocios diría: vamos a ver qué piensa el general Cárdenas, a ver si podemos asociarnos con este señor. Total, que lo mejor es no hablar con nadie y no emprendo ningún negocio porque estoy discriminado.

*JW:* Y la compañía de construcciones de usted, ¿se había liquidado?

*JAA:* La liquidaron ellos, el gobierno, de la manera más cínica. Ávila Camacho, secundando a Cárdenas, me canceló los contratos cuando estábamos haciendo un trabajo admirable en las partes donde trabajábamos, donde nos conformábamos con sacar cinco o seis por ciento de utilidades, donde estos amigos habrán sacado cincuenta, sesenta o setenta por ciento de robo a la nación. Desde luego, cancelaron mis contratos. Pero eso no fue lo grave; lo grave fue que yo pensé llevarme todo mi equipo, un equipo espléndido —equipo del que aún debía mucho dinero en los Estados Unidos— pensé llevarme a concentrar todo eso a Puerto México, para ir a trabajar a Colombia y a Venezuela, que tenía apalabrado con esos gobiernos trabajos allá, con la experiencia mexicana. Mandé concentrar todos los elementos en Coatzacoalcos, para embarcarlos allí. Y sencillamente me comunicó el gobierno, así de sus pistolas, con el mayor cinismo imaginable, que esos elementos, que no eran del gobierno, no podían salir del país. “¿Por qué? —pregunté— si van a trabajar”. “Pues sí, pero se necesita que trabajen en México”. “¿A las órdenes de quién”. “Pues de quien quiera; pero no salen de aquí”.

Y Maximino Ávila Camacho se encargó de buscarme comprador, de los de él, para pagarme a como quisieran. ¿Cree usted en la justicia?

*JW:* ¿Cuánto pudo salvar del valor de su equipo?

*JAA:* De ese equipo debía mucho dinero que yo pagué en los Estados Unidos, por conducto del Chase Bank y otros.

*JW:* ¿No salvó nada?

*JAA:* Llevé la cuenta: todo se fue gastando allí “en polvora e infiernitos”.

*JW:* Entonces, después de haber perdido su equipo y su compañía, se vino aquí a Acapulco.

*JAA:* No. Ya estaba yo aquí.

*JW:* ¿Cuándo llegó aquí?

*JAA:* Desde antes, cuando tomé posesión de la Secretaría de Comunicaciones, cuando entró el presidente Ortiz Rubio, entonces —yo era de Guerrero— me dijo el presidente Ortiz Rubio: “Hombre, general, quiero ir a Acapulco; allá no hay ni dónde llegar. Quiero estar unos días allá, pero cuando usted

me diga que va a tener modo de darme alojamiento”. “Bueno, voy a hacer un ‘bungalow’ para usted”. “Bueno, y también para usted haga otro, y otro para el secretario de Guerra”.

Y entonces me puse a hacer bungalows, allí, en esas palmas, tres hermosos bungalows, pero trabajando como negros, con todos los camiones de la Secretaría, y mucho personal de ingenieros. Hicimos tres bungalows de madera, rápido, para que viniera Ortiz Rubio. Llegamos con él, cada quien a su bungalow y allí estuvimos unos días. Después, estando aquí, dijo Ortiz: “Pero hombre, es necesario que organice usted una compañía para desarrollar esto. Yo le entro también: vamos a organizar una compañía por acciones, para que amigos de toda la República entren aquí. Es muy bonito y podemos hacer algo”.

A mí me gustó porque era yo de Guerrero y podía servirle a mi estado. Años después, cuando vino el presidente Ortiz Rubio, se organizó, a instancias de él la Compañía Impulsora de Acapulco. Entonces los abogados dijeron: “Lo mejor es que el gobierno del estado expropie lo que necesiten para desarrollar a Acapulco; que el gobierno del estado le pague a cada quien que demuestre que es dueño de una fracción con el dinero que entregue la compañía al estado”.

Entonces adoptamos la política, por exigencia mía, que el estado le pagara al que demostrara que era dueño y nosotros, por nuestra parte, pagarle otra cantidad de dinero mayor, para que todo el mundo quedara contento y satisfecho. Y así empezó a trabajar la Impulsora de Acapulco.

*JW:* ¿En qué año?

*JAA:* 1930 o 1931.

*JW:* En esos bungalows, aquí, donde usted y el presidente y Amaro tenían su casa de madera, esos fueron del gobierno, algo para el presidente, fue propiedad de la presidencia.

*JAA:* No. Eso se hizo con elementos propocionados; el terreno no se compró. Después se adquirió en la expropiación. Pero la propiedad de los “bungalows” era del gobierno, porque yo los había hecho con elementos de la Secretaría de Comunicaciones y allí se quedaron. Pero no había hoteles, no había nada aquí en Acapulco. Una vez en México, pasaba algunos meses, le dije yo a Ortiz Rubio: “Oiga usted, esos ‘bungalows’ usted ve que están simpáticos, están muy útiles, tienen muy buenas regaderas, es fresco allí con las palmas. Hay mucha gente que va Acapulco y no tiene adónde llegar. ¿Por qué no da usted un acuerdo de que allí, en esos bungalows, se dividan todos —tienen muchas regaderas y todo— se dividan bien los cuartos, para tener unos veinte cuartos en los tres bungalows, o veinticinco, que se puedan rentar al público”.

Entonces dio el acuerdo él. Luego vino la ofensiva del general Calles, que trató de deponer a Ortiz Rubio, uno de los principales accionistas era Lázaro Cárdenas, y Amaro también, Luis Montes de Oca, todos eran accionistas de la compañía. Pero nada más empezó la campaña de Calles contra Ortiz Rubio, todos se espantaron! Todos quisieron salirse de la compañía y no pagar las acciones, especialmente Cárdenas. Se largaron todos, y dije: "Bueno, pues son unos infelices de Ortiz Rubio para abajo y yo, como soy de Guerrero, yo voy a organizar una compañía privada sin que tenga que ver nada el gobierno". Y así fue como entramos a la compañía.

*JW:* Entonces usted se quedó con la compañía. ¿Cuándo pensó construir un hotel aquí para impulsar el turismo?

*JAA:* Entonces empezamos por tratar de drenar el terreno porque eran puros pantanos. Allí donde está la alberca ahora —hicimos una alberca muy grande— y aquí abajo de este techo era un edificio muy grande con regaderas, para la gente que venía a bañarse aquí. En tiempo de temporada, se ponían infinidad de carpas de lona en toda la playa, y entonces iniciamos la construcción de cuartos.

*JW:* ¿Este Hotel Papagayo, ¿cuándo se comenzó y cuándo se terminó?

*JAA:* Más o menos se empezó a trabajar como en 1937 o 1938 y se terminó en 1945.

*JW:* ¿Cuándo empezó a crecer el turismo? ¿Antes de la guerra o después?

*JAA:* Creo que cuando empezó a venir bastante turismo fue durante la guerra. Sí, como no podían ir a Europa de los Estados Unidos, procuraban venir para acá, generalmente en barco; aparte, muchos turistas que venían en las carreteras malas que había, o en tren.

*JW:* ¿Cuándo pusieron el pavimento de aquí a México?

*JAA:* La carretera se estuvo trabajando desde que vinimos con Ortiz Rubio acá; estaba recién abierta —un año o dos años antes la había abierto el general Calles, Presidente de la República— y fue avanzando, fue perfeccionándose, y la pavimentación se hizo en años posteriores. Luego, en tiempo de Ruiz Cortines, la mejoraron bastante; la enderezaron, le quitaron curvas, le hicieron pavimento.

*JW:* ¿Y éste ha sido su principal negocio después?

*JAA:* No tengo otro negocio. He vivido aquí arriba, he vivido como en un retiro.

*JW:* En el sexto piso.

*JAA:* Generalmente no bajo, ni con los temblores.

*JW:* Un día se puede caer el edificio.

*JAA:* Caigo encima.

*JW:* Va a sobrevivir sin dificultades. Pues aquí en Acapulco, fuera de la política, parece raro que en la campaña presidencial de 1952 surgieran otros

problemas. Parece que en esa campaña los cardenistas lo atacaron a usted. Y usted tuvo que responder en *El Universal*, en diciembre de 1952, cuando se publicó el artículo suyo: "En legítima defensa". ¿Qué dijeron los cardenistas? ¿Por qué lo atacaron? ¿Qué tenían que ver con usted en 1952, doce años después de su campaña electoral?

JAA: No recuerdo qué dijeron, pero usted puede verlo en mi artículo.

JW: Aquí está. Pero no dice cómo lo atacaron ni por qué.

JAA: Un individuo, Cristóbal Guzmán Cárdenas, creo que es uno de esos militares que tratan de quedar bien con Cárdenas, y no sé si estaba comisionado como militar con Cárdenas, lo frecuentaba mucho. Y una vez publicó una cosa en que alababa muchísimo a Cárdenas, naturalmente para fastidiarme a mí. Entonces tuve que contestarle.

JW: Usted dice aquí, en su artículo, que Cárdenas ordenó a Cristóbal que dijera: "El general Almazán no se levantará en armas. ¡No! De ninguna manera, porque ahora en 1940 tiene cosas que no tenía en 1910, y estas cosas son: treinta años más de edad, treinta millones de microbios en su organismo y treinta millones de pesos". ¿Cree usted que Cárdenas tuvo relación con esto?

JAA: ¡Pues por qué lo he de dudar! Si Cárdenas estaba en correspondencia conmigo para hablar mal el uno del otro.

JW: ¿Por eso usted tuvo que defenderse? ¿Para probar que Cárdenas había actuado muchas veces con...

JAA: ...con hipocresía.

JW: ¿Qué dijo Cárdenas al salir este artículo? ¿Le respondió?

JAA: No. Él nunca responde.

JW: Pero dijo que iba a responder.

JAA: Sí, pero no respondió.

JW: Acerca de esta campaña, con su experiencia, ¿puede comentar sobre los problemas de esta campaña? Henríquez Guzmán dijo después de la elección que había ganado la elección; y durante la campaña dijo que si el gobierno no reconocía su victoria, su triunfo, que iba a lanzar una revolución. ¿Qué nos puede decir de esto? ¿Ganó la elección?

JAA: Desde 1920 y 1940, no he tenido más atención política que desmentir a Cárdenas en cosas relativas a mí; pero en sus enredos habituales para dejar nuevo presidente no me he interesado.

JW: Henríquez Guzmán había unido la izquierda, o trató de unir la izquierda de Lombardo, de Cárdenas, para unificar al país, para evitar en 1952 que otro Alemán siguiera en el poder presidencial. ¿Tal vez usted puede decirnos por qué casi todos los políticos no quieren hablar de Alemán? Parece que tienen miedo.

JAA: ¿De Alemán?

*JW:* Sí, de Alemán. En las entrevistas que hemos tenido con bastantes personas aquí en México, la mayoría de las personas que hemos entrevistado no quieren hablar de Alemán.

*JAA:* Creo que como todos esos políticos son unos grandes rateros en potencia no se atreven a hablar de las habilidades del principal ladrón, que es Alemán.

*JW:* Después de 1940 se dice que Alemán ha sido el presidente más importante, que es él que ha influido más.

*JAA:* Que más ha influido, ¿en qué?

*JW:* En toda la política mexicana.

*JAA:* No sé, porque a mí se me figura, y siempre lo he dicho, que Cárdenas es un gran inepto, que todo lo echa a perder, en las cosas que emprende, dizque en bien del pueblo; todo lo perjudica por su falta de habilidad, por su falta de inteligencia, y sobre todo, por el gran capricho que ha tenido de ser conocido en América Latina, y tal vez en el mundo, como un redentor del proletariado. Pero en mi concepto nunca ha sido un redentor sincero, siempre ha ido tras de su interés personal, en gastar mucho dinero en todos los países: con Fidel Castro, en Chile, en Venezuela, en todas partes. Pero no es dinero de él, porque él todo lo que se agarran él, su mujer y su hijo Cuauhtémoc, eso lo esconden. Pero el dinero de obras, el dinero del pueblo mexicano, eso sí lo desparrama entre los radicales de Cuba y los radicales de toda América Latina, con el objeto de asegurar su prestigio ante la posteridad. Pero en realidad Cárdenas ha sido, en todas las épocas, un instrumento del Departamento de Estado americano. De modo que es mentira que se sienta él radical.

*JW:* ¿Usted cree que durante la presidencia de Cárdenas los comunistas tuvieron bastante influencia?

*JAA:* La han tenido hasta la fecha, irla han tenido!

*JW:* Pero Cárdenas no es comunista, ¿es radical?

*JAA:* Cárdenas quiere aparecer como comunista, pero ni los rusos se lo creen. No le tienen confianza porque los rusos son tan estúpidos para no comprender que a última hora Cárdenas hace lo que le ordenan en los Estados Unidos.

*JW:* Usted no se ha metido en la política después de 1940. Pero con su experiencia, y su vida y su trayectoria intelectual, usted debe estar en una buena posición para juzgar los periodos presidenciales. Por ejemplo, a grandes rasgos, ¿qué puede contarnos de la presidencia de Ávila Camacho, en comparación con la presidencia de Alemán, y la de Ruiz Cortines, y la de Adolfo López Mateos?

*JAA:* Yo he estado alejado de todo eso, porque todos esos presidentes han sido obra de Cárdenas. Y naturalmente, como obras de Cárdenas, para mí no han significado más que un desprecio completo.

*JW:* Pero se dice que Cárdenas y Alemán han tenido dentro del partido oficial un pleito tremendo porque tienen dos tesis: Cárdenas quiere reformas y dice que quiere ayudar a las masas directamente. Alemán dice que hay que desarrollar la infraestructura del país para ayudar a la gente, al pueblo indirectamente. Cárdenas quiere que se reparta toda la tierra de una vez; Alemán dice que no, que hay que andar lentamente con eso. Bueno, dentro del partido, ¿no ve usted alas izquierdas, alas derechas?

*JAA:* Para mí todos los políticos mexicanos no son dignos de tomarse en cuenta seriamente, porque son capaces de cambiar de opinión de la noche a la mañana y sostener lo que les ordenan. Y no sólo los políticos mexicanos sino toda la prensa mexicana.

*JW:* ¿Usted cree que la Revolución sigue, como dice el Partido? ¿Que ha mejorado la situación de México en los últimos veinticuatro años?

*JAA:* Naturalmente que ha mejorado la situación del mexicano, pero no por lo que haga Cárdenas y compañía; es porque ha avanzado el mundo, y lo mismo que ve usted grandes obras aquí las ve usted en La Habana, con Batista, en Venezuela, en Argentina, y las ve usted en todas partes. Y va usted a Europa y también. Pues ese es el mundo, el mundo empuja.

*JW:* El mundo empuja, pero hay países en los que no hay avances.

*JAA:* ¿Cómo cuáles?

*JW:* Vamos a pensar en Argentina, que tenía tantas esperanzas durante las décadas de 1920 y 1930.

*JAA:* Estaba allí otro loquito.

29 de diciembre de 1964

*JW:* Quisiéramos hablarle acerca de su punto de vista, su interpretación de la vida de México antes de la Revolución Mexicana. En sus memorias usted ha hablado mucho de haber leído mucho acerca de la vida de México. Para usted, ¿quiénes son los héroes de la nación? ¿Cortés, Moctezuma, Aguilar? Aguilar que vivía allá en la península yucateca.

*JAA:* Aguilar era el fundador del mestizaje. Primero estuvo unos años, no recuerdo, lo cogieron prisionero y luego se granjeó la simpatía del cacique. Eran dos españoles, que habían caído por allí, probablemente náufragos, de Cuba. Y esos dos quedaron muy complacidos con el trato que les dio el cacique, como que los hizo sus segundos y les dio indias muy bonitas, princesas, para que se casaran, y ellos se casaron y estaban encantados, ya con muchos niños, cuando aparecieron los demás españoles muchos años después, y les dijeron que fueran a reunirse otra vez con sus unidades. "No

—respondieron—, aquí estamos muy contentos con nuestros hijitos”. Esos fueron los verdaderos fundadores del mestizaje; de la liga de las dos razas. ¿A eso se refiere?

*JW:* Al hablarnos usted sobre Olinalá, habló acerca de lo bueno del mestizaje. ¿Usted ve en el mestizaje, como dijo Vasconcelos, “a la raza cósmica”.

*JAA:* ¿Qué quiso significar Vasconcelos con esas palabras de raza cósmica? ¿La raza perfecta?

*JW:* La raza poderosa, la unión de otras razas híbridas que con esta unificación de lo fuerte de las dos razas se iban a enfrentar a todo el mundo y hacer esfuerzo en pro de un México mejor.

*JAA:* Yo siempre he creído que el mestizaje es la solución de todos los problemas graves en el mundo, y que así como me parece muy buen producto el del hispano con el indio, también lo son todos los mestizajes que se forman en los Estados Unidos, de distintas familias europeas.

*JW:* ¿Usted cree que en los Estados Unidos el mestizaje ha sido provechoso?

*JAA:* Naturalmente. Imagínese usted, si en los Estados Unidos todos fueran descendientes de ingleses, sería una cosa tremenda de intolerancia. Ya ve usted qué mal resultado ha dado esa separación absoluta de las razas, que han creado el problema negro en los Estados Unidos. En América Latina, como nunca vieron tan feas a las negras, se fueron casando y casando, y resultó una raza completamente diferente.

*JW:* En Latinoamérica, o en México, ¿usted cree que no hay mucha lucha entre las razas?

*JAA:* ¡Absolutamente!, porque se han acostumbrado por siglos a convivir, y además a cruzarse y a tener relaciones, bien sean lícitas o ilícitas, a juntarse hombres y mujeres. No sólo cambia el tipo africano en Cuba, en Brasil y en otras partes, que disminuyen muchos de los rasgos de los negros, sino que también cambia su carácter y se acostumbran a un modo de vivir que los hace adaptarse más a la civilización de la raza dominante, es decir, la que habla español o la que habla portugués. Usted ve que los negros, no de México porque hay muy poco aquí ya, sino los negros de Cuba y Brasil, ya hay muchos que puede usted verlos en las universidades; ya no se ve contraste de las razas. Los rasgos típicos de los negros están muy atenuados. Por ese contacto que han tenido siempre, ya se han acostumbrado hasta casarse, a contraer matrimonio y tener hijos, hijos que van siendo cada vez más blancos, blanquitos no más.

*JW:* Aquí en México, ¿qué posición social goza el indio?

*JAA:* Aquí, si va usted a ver, a auscultar a cada familia, hay familias que tiene mucha sangre india y ya no se objeta nada absolutamente.

*JW:* El mestizaje del indio con el español aquí en México, ¿es mestizaje racial y menos cultural? ¿Cómo se puede distinguir aquí? Aunque hay mucho mestizaje racial, el mestizaje cultural es mucho menor. La cultura española predomina y lo indio se está perdiendo; muchas de sus costumbres, de sus maneras de vivir, de su arte, se han perdido.

*JAA:* Predomina lo que ha venido de Europa, en costumbres, en cultura, en todo tiene que predominar, porque los procedimientos que usaron los españoles en muchos casos —no me refiero a los religiosos, a los monjes—, a los conquistadores brutales que querían meter la religión católica rompiendo a golpe de mazo los ídolos y sacrificando a los que se empeñaban en venerar a sus ídolos. Naturalmente que así entraba a la fuerza, la cuestión religiosa, pero al mismo tiempo entraba la cuestión de industria, la cuestión de arte; de todos los conocimientos adelantados que tenían los españoles disfrutaban de ellos los indios. Por más indios que fueran, después de mucho tiempo ya no hubieron diferencias. Cuando se acercaba la independencia había muchos resabios, había muchas dificultades para los mestizos; pero, con la intervención en México del padre Hidalgo para acabar con la esclavitud, eso se acabó. Y ya después, ya ve usted que hasta indios puros como Benito Juárez llegaron a la Presidencia de la República.

*JW:* En el siglo XX no había un presidente indio como Benito Juárez en el siglo XIX. ¿Quiere decir esto que los indios tienen el censo limitado?

*JAA:* No. Naturalmente que usted puede creer que los criollos han sido mejores guerreros que los indios. Los indios fueron destrozados, no sólo físicamente sino también moralmente cuando luchaban contra los españoles. Pero, como quiera que sea, perdieron y adquirieron reputación de buenos soldados, muy superiores a los que tienen sangre blanca. Y por esa razón se acostumbraron hasta los presidentes de la República a ganar cuando eran blanquitos; por eso es que por esa inferioridad ancestral que se le atribuye a los trigueños es que siempre hay presidentes blancos, sin dejar de comprender que hay muchos blancos que son unos bribones.

*JW:* Entonces hay una discriminación *de facto*.

*JAA:* *De facto*, naturalmente. ¡Pero no vaya usted a comparar la discriminación *de facto*, muy atenuada, que hay entre los mestizos de México con la discriminación que andan matando por todas partes a negros por los Estados Unidos! Yo creo sinceramente que si los ingleses hubieran tenido la misma manga ancha para permitir que se mezclaran las razas, ya el problema estuviera resuelto, porque no hay más remedio. O coger a todos los negros y mandarlos a África, o aceptar las cosas como son y permitir que se casaran, que convivieran las negras y los blancos. Usted, ¿no se casaría con una negrita bonita, simpática?

*Edna Monzón Wilkie (EW):* Ya es demasiado tarde.

*JW:* ¿Tiene conocimiento del Instituto Nacional Indigenista en México y del trabajo de Alfonso Caso? ¿Cuál es su concepto? Usted ha viajado por todo el país y debe tener una opinión sobre el programa que desarrolla este Instituto.

*JAA:* Habla usted de discriminaciones y yo soy el discriminado. Van a ser ya treinta años que no sé nada del país; no sé nada de los asuntos públicos. Bueno, se nota en el ambiente que hay mucho ratero, pero no me he puesto a juzgar a las gentes y a los métodos. De manera, que no sé efectivamente qué hará el Instituto, pero sí tengo simpatía natural por todos los esfuerzos que haga el gobierno para resolver el problema de los indios.

*JW:* Hablando otra vez de la Conquista, ¿cree usted que Cortés tuvo que actuar de la manera que lo hizo, o tenía otros medios para hacer la Conquista? Muchas personas ven a Cortés como a un héroe, y otros como a un diablo.

*JAA:* Creo que tenía de las dos cosas: tenía grandes cualidades y al mismo tiempo era algo bandido. Hay cosas de Cortés que yo no puedo explicarme. Por ejemplo: ese asesinato que ordenó de Cuauhtémoc, después de tenerlo como rehén, de tenerle muchas consideraciones, llevárselo para colgarlo allá —en algún pueblo de Tabasco— sin razón, nomás porque le dijeron que estaba conspirando. Pero hombre, había otras cosas mucho más fáciles que hacer, como coger un barco y mandarlo a España. ¿Por qué lo mató? Por asesino. Cortés tiene cosas que deben ser admiradas, como su gran adaptación a los pueblos de América y su gran facilidad para nivelarlos con España, con los españoles. Pero al lado de eso hay muchos crímenes innecesarios. Esa matanza de Cholula era absolutamente innecesaria; luego la matanza cuando fue a encontrar a Narváez y a derrotarlo en Veracruz. Cuando regresó se encontró con que Alvarado, su lugarteniente, había ordenado otra matanza, lo que dio origen a que los indios se sublevaran y echaran fuera de México a los españoles. Pero de eso no se le puede culpar a Cortés, precisamente porque el otro señor, Alvarado, era un salvaje, que ni el mismo Cortés era capaz de contenerlo, de dominarlo, o de obligarlo a que procediera con justicia.

*JW:* ¿Acepta usted la interpretación de que Cortés destruyó la gran civilización demócrata indígena que existió antes de 1521?

*JAA:* Está usted hablando con un descendiente directo de Moctezuma II. Mi bisabuela, en Chilapa, en tiempo de la Revolución de Ayutla, en tiempos de Benito Juárez, de Juan Álvarez, mi bisabuela tenía pensión del gobierno mexicano por ser descendiente de Moctezuma. Así es que considero, viendo cómo comían en el palacio de Moctezuma, cómo tenían su arte y cómo

desarrollaban sus festivales, se comprende que sí tenían una cultura muy avanzada. Cómo manejaban la astronomía los mayas, pues era también una cosa sorprendente. Con eso no quiero decir que no fuera inferior la cultura indígena a la europea. Pero lo que sí quiero decir es que Cortés hizo muy mal en desaprovechar esa buena voluntad que tenían Moctezuma, y en general todos los jefes indios, para formar una nueva raza. Usted ve que en todas partes los jefes principales, empezando por Moctezuma, lo que querían es que sus hijas tuvieran hijos de españoles. De modo que ese mestizaje, con tantito más cuidado que hubiera tenido Cortés, se hubiera logrado.

*JW:* Hay muchos historiadores de México que creen que Cortés acabó con la democracia nativa. Dicen que existía una vida indígena en la que la democracia había triunfado y que así vivieron los indígenas muy bien. Usted, que tiene tanto interés en la democracia, ¿qué nos dice de esto?

*JAA:* Considero que sí tenían su democracia muy plausible los diferentes pueblos indios. Pero lo malo es que también, a un lado de la democracia, estaba la tiranía de unos pueblos sobre otros. Usted comprende que me doy cuenta de que mi gran bisabuelo, Moctezuma, era para los otros pueblos, para Tlaxcala, para los veracruzanos, para los zapotecas, para todos, era un tirano insufrible. Tenía un disgusto y mandaba a sus legiones y cogían tres, cuatro, o cinco, o diez mil prisioneros y, "Vamonos al Tiocali para sacrificarlos". Pues está bien que considere yo que entre los aztecas existía una democracia real; pero esa democracia no valía al lado de sus procedimientos con otros grupos. Bueno, pero eso no tiene por qué llamar la atención, porque ustedes mismos los norteamericanos tienen...

*JW:* Yo no soy gringo.

*JAA:* Ustedes tienen muy buenas costumbres democráticas, sobre todo la de respetar el voto. Y esa cosa, que es de alabarse tanto en los Estados Unidos, no vale para América, porque aquí en América, a los Estados Unidos, al gobierno americano, no le ha importado mucho, y no se ha empeñado mucho en recomendar, en pedir, en exigir o recomendar a los otros países siquiera que se respete el voto popular. Allá sí: ganó Johnson y perdió Goldwater; eso era oficial a las veinticuatro horas. Y aquí, en América Latina, eso del voto, no vale ante los Estados Unidos. Eso sucede después de quinientos años de que se murió el señor Moctezuma.

*JW:* Durante la década de 1930 los ideólogos y muchos de los cardenistas pensaban en recrear un México basado en sus raíces de la época prehispánica, al tratar de darle al indio su tierra y su democracia. Se hablaba de regresar a los tiempos buenos de antes de la Conquista, cuando el indio tenía orgullo y democracia.

*JAA:* Creo que en el fondo eso es una gran tontería, porque los indios y los mestizos han progresado mucho en todos los órdenes, como ha progresado todo el mundo. Entonces es una tontería incalificable tratar de regresar a cosas que ya no tienen validez. Hay que buscar el perfeccionamiento de las razas de la actualidad, de aquí para adelante.

*JW:* Un historiador norteamericano, Lesley B. Simpson, dice en su *Estudio sobre la encomienda en la Nueva España*, que la encomienda sirvió para permitir la mezcla de cultura entre los indios y los españoles. ¿Qué reflexiones tiene usted sobre la institución de la encomienda?

*JAA:* Creo que ya le contesté a usted eso cuando le dije que en mi concepto Cortés desaprovechó la buena voluntad de los jefes indios, lo mismo de los tlaxcaltecas que de los aztecas, para unirse, y si sobre todo aceptaba la unión de la hija, de la princesa con un feroz encomendero español, un conquistador de esos salvajes, pues quiere decir que esos reyes estaban dispuestos a aceptar que el dominio de los españoles, sobre todo para las encomiendas, tenía sus ventajas para el desarrollo y para el progreso del país.

*JW:* Para usted la encomienda no sería entonces más que esclavitud.

*JAA:* ¿Cómo que esclavitud? A ver, acláreme eso.

*JW:* Si el encomendero recibe muchos indios para cuidar de ellos y para impartirles religión y, por otro lado, los indios tienen que trabajar para el encomendero de quien dice usted que es feroz.

*JAA:* Claro. Se tomaba inteligentemente al encomendero como ayudante temporal para hacer que el indio progresara con sus trabajos, para que creara su ganado que traían ellos de España, para que crearan sus nuevos cultivos de frutales y hasta para su industria rudimentaria de España, eran facilidades que se les daban a los más aptos. No quiero decir que ningún rey tuviera facultades para que le entregaran como borregos a quinientos o mil indios para esquilmarlos siempre; pero sí era buena la conducta de los jefes indios de aceptar la dirección de los que aparecían como hijos del sol. De modo que yo no estoy hablando de ventajas absolutas de los encomenderos, sino de las ventajas que daba la posición en que se habían colocado como conquistadores del país.

Ahora, esos mismos encomenderos tenían al frente la buena voluntad para ayudar a los indios y esa buena voluntad eran los monjes. No era fray Bartolomé de las Casas nada más, sino infinidad de sacerdotes religiosos los que verdaderamente defendían a los indios.

*JW:* Hablando de la Iglesia: hoy, después de tantos siglos de mestizaje cultural, se dice que entre los indios existe un catolicismo muy rudimentario.

*JAA:* Creo que sí. Sólo a fuerza de cultura puede buscarse, encontrarse, llegar a un conocimiento más avanzado en asuntos filosóficos y religiosos. Pero,

no hay más remedio que aceptar muchas cosas idolátricas que aún pueden verse, sobre todo en los pueblos pequeños, donde se ve todavía la influencia de los ídolos indios para la veneración, para el respeto de los indios de lo íntimo.

*JW:* En la Colonia el virrey tuvo mucho poder. ¿Cree usted que ese sistema del virreinato le fue útil a España, o fue algo que al fin y al cabo debilitó la posición de la Nueva España y que haya contribuido al movimiento de independencia?

*JAA:* Usted debe considerar que todas las instituciones, cuando no tienen gentes verdaderamente capaces para dirigir las, para salvarlas, tienen que degenerar. De manera que en el funcionamiento de los virreinos influía mucho quién fuera el rey de España. Si había allá un hombre, un rey que verdaderamente quisiera engrandecer a su patria, y estuviera dispuesto a exigir justicia para que los países que estaban bajo su férula progresaran en todos sentidos, sí era bueno el virrey. Pero si era algún patarata que, como al señor ese Godoy, le importaban muchas cosas menos la herencia de España, pues tenía que ir al fracaso más grande. De modo que no creo que fuera intrínsecamente bueno o malo el virrey, y el virreinato, sino más bien que fuera bueno o malo el director, que era el rey.

*JW:* El historiador francés, Francois Chevalier, en su estudio sobre la formación de las grandes haciendas en México, ha visto que los reyes y sus guerras en Europa tuvieron mucho que ver con la formación de las haciendas. Al meterse los reyes en tantas dificultades en Europa, se vieron en la necesidad de vender la tierra o sus derechos sobre la tierra y así obtener dinero para seguir con sus guerras.

*JAA:* Según el concepto del señor Chevalier, por mala administración, por deseos de disponer de dinero, los reyes tuvieron la culpa de que se formaran las haciendas. Eso es una tontería infinita. ¿Por qué iban a vender tierras para formar haciendas, si desde el momento en que Cortés empezó a trabajar, le dieron el Valle del Marquesado, que era una cosa inmensa.

*JW:* Pero al llegar Cortés y sus ayudantes, el rey tuvo que ceder esas tierras a Cortés, pero después...

*JAA:* Después a todos. Usted comprende que la Conquista de México era una aventura tremenda. Por eso es que, en ese sentido, soy gran admirador de España, de los españoles, porque para tener un cambio de vida, para mejorar, como hacen todos los hombres en todas las épocas, se entusiasman y decían: "Vamos a América a buscar un nuevo modo de vivir, a hacernos ricos". Entonces no importaba que los mares estuvieran infestados de piratas ingleses, franceses, holandeses. Usted sabe que en los ataques de esos piratas, hubo matanzas formidables de pobres individuos que no te-

nían que ver nada con el ejército español, que simplemente se enganchaban, se organizaban para venir a buscar qué comer a América. Y a pesar de esas hecatombes, que hubo muchas veces en el mar, siguieron y siguieron, y vinieron los españoles, *motu proprio*, no era que los mandara nadie. Ellos venían a buscar una nueva vida y a establecerse. Naturalmente que cuando después de una matanza de esas en los mares llegaban gentes, pues hacía muy bien la corona en darles facilidades para que adquirieran tierras y las desarrollaran para bien del país, y que las hicieran producir. Si después degeneraron en la hacienda grande, que era explotadora, esos crímenes son, como decía un poeta, “Son del tiempo y no de España”.

*JW:* El rey de España quiso evitar el feudalismo en el nuevo mundo. Los reyes de España estaban formando la nacionalidad española y tuvieron que evitar feudos nuevos. Por eso limitaron el sistema de la encomienda con las leyes nuevas; por eso tuvieron que luchar tanto con Pizarro en Perú, para evitar que ellos formaran su propio reino; por eso tuvieron que luchar con Hernán Cortés, y luego tuvieron que tratar de limitar los poderes de estos hombres que habían recibido tanta tierra en el nuevo mundo. Parece que a mediados del siglo XVI habían evitado la formación del feudalismo, pero al verse los reyes envueltos en las nuevas guerras en Europa, tuvieron que vender de nuevo, o ceder de nuevo las tierras, y así dicen que se formaron las grandes haciendas.

*JAA:* Creo que hay exageración en toda esa prédica socialista que me está usted sacando a colación. Creo, y que era muy justo, que todo español, francés u holandés, que arriesgara la vida para venir a buscar una vida mejor, pues hacía bien en comprar lo que pudiera con su trabajo y en esa forma ir adquiriendo propiedades rústicas que poco a poco fueron haciéndose haciendas grandes, porque no había ningún límite, porque al mismo gobierno le convenía que se llenaran de ganado los campos, que se cultivara toda la tierra cultivable con siembras de productos nuevos.

*JW:* ¿Y las haciendas que formó la Iglesia?

*JAA:* Eso ya es otra cosa y no quiero platicar de ese tema, porque tengo mis conceptos muy personales en la cuestión de la Iglesia. Creo que la Iglesia, después de muchos siglos de sufrimientos de las religiosas, llegó a tener —los jerarcas, los jefes de la Iglesia— una corrupción tan grande que se necesitaba de una verdadera reforma.

*JW:* En el siglo XVIII la Nueva España tuvo muchos problemas, y quisiéramos conocer su opinión acerca de cómo surgió la independencia. ¿Fue accidental, por el papel de Napoleón? ¿Fue precipitada por el carácter americano que quería su independencia para su libre desarrollo?, o ¿qué fue?

*JAA:* Usted sabe que desde años antes había personas mexicanas que veían o empezaban a comprender que no era posible seguir tolerando que los españoles nacidos en México, los criollos, que eran tan españoles como los del otro lado, que no tuvieran los mismos derechos en México que en España; que por el simple hecho de nacer en este continente se les restringiera mucho sus derechos. Y si eso pasaba con los criollos, los mestizos tenían un campo de libertades mucho más reducido, y los indios mucho más, y aún persistía la esclavitud. Entonces, se fue formando un espíritu entre intelectuales, especialmente clérigos, que consideraron que debían reclamar y tener todos los derechos que en otro caso hubieran tenido en España. De ese sentimiento grande para reclamar nació la certidumbre de que sólo con la independencia podrían conseguir lo que querían, lo que necesitaban, lo que creían que era justo. De allí que con Napoleón y sin Napoleón era una cosa que estaba avanzando, hasta que culminó con la actitud de sacrificio del padre Hidalgo y sus compañeros.

*JW:* La masonería, ¿tuvo alguna participación en la Independencia, o fue hasta después?

*JAA:* En lo que yo he leído no he visto claramente la intervención de los masones, que me convenciera de que habían tomado participación directa. Se ha dicho que hasta el padre Hidalgo era masón, pero eso 'se ha dicho'. Lo que para mí significa mucho es que, de los que lucharon, de los que encabezaron la lucha armada, un gran porcentaje eran sacerdotes, eran curas. Era el bajo clero, no me refiero a obispos y arzobispos, que estaban en contra, sino al bajo clero que realmente dirigió el movimiento de la emancipación del país.

*JW:* Se dice que después de la independencia de la nación, los masones han tenido un papel muy importante, especialmente en el siglo XIX, y también en el siglo XX. ¿Qué opina usted? Dicen también que todos los militares en la Revolución por fuerza tenían que ser masones.

*JAA:* ¿En la Revolución Mexicana? Es la primera noticia que tengo.

*JW:* Entonces tenemos que quitarle su grado de general.

*JAA:* Sinceramente creo que ningún presidente de México ha necesitado ser masón. Sin embargo, creo que muchos, por exceso de precaución, lo primero que hacen es hacerse masones de última hora, nomás para ser presidente, y luego se olvidan de todo. Creo que ellos han considerado que el requisito les favorece mucho para llegar a la presidencia. Considero que ha sido exceso de precaución, porque igual hubieran llegado esos mismos a la presidencia sin figurar en la masonería.

*JW:* Hablando de la independencia de México y de la organización del nuevo Estado, parece que México no estaba listo, la gente no se encontraba bien

preparada para organizar un Estado con constituciones y democracia. ¿Usted cree que la independencia tuvo algo que ver con el deseo de muchos ricos peninsulares de mantener su posición ante la situación en España, la Constitución de 1812? ¿Usted cree que el movimiento para la independencia de la Nueva España fue un movimiento conservador, o un movimiento liberal?

*JAA:* Desde luego, para la época, fue un movimiento muy avanzado, porque su líder, el padre Hidalgo, era un tipo enteramente socialista.

*JW:* ¿Qué hay de Iturbide?

*JAA:* No hablamos de Iturbide; hablo de Hidalgo y de los principales que iniciaron la Revolución de independencia. Iturbide era un militar al servicio de España, verdaderamente sanguinario al perseguir a los insurgentes, que después de pensarlo y ver la situación de España, creyó que podía hacer un gran papel si declaraba la Independencia de México; además, tenía la cooperación de los antiguos insurgentes. Entonces la realizó y confirmó así —cuando se vio que quienes tomaron el mando fueron Iturbide y otros muchos del ejército español— que la Conquista la hicieron los indios, a las órdenes de Hernán Cortés, y la Independencia la hicieron los españoles, con Iturbide a la cabeza. De modo que en todas esas circunstancias intervinieron mucho los oportunistas que se aprovechan del río revuelto para obtener pescado.

*JW:* En su concepto, ¿eso dio lugar al fracaso de tantas constituciones después de la independencia?

*JAA:* Naturalmente, porque los que figuraban en la independencia eran tipos inteligentes, con gran influencia, y cada quien quería resolver el asunto de la independencia de México a su manera, de acuerdo con sus intereses. La fe ciega en la causa de Hidalgo, de Morelos, de Vicente Guerrero, ya se había perdido. Mandaban los influyentes de la antigua Nueva España. Bustamante, Santa Anna y Alamán eran de una mentalidad enteramente española, retrógrada, y por eso es que costó tanto trabajo lograr una constitución verdaderamente benéfica para el país, hasta que la influencia de esos viejos españoles se acabó, por su edad o porque se les acabó la vida, fue cuando entró el empuje de los verdaderos mexicanos.

*JW:* ¿Cómo se explica usted la actitud de Santa Anna?

*JAA:* Considero que ese individuo era un tipo con muchos recursos para guerrear y sobre todo para intrigar. Creo que en muchos momentos sintió patriotismo, pero se le olvidaba, sobre todo en momentos en que, por su estupidez infinita, fue a entregarse en San Jacinto. Ya ven ustedes cómo se levantó asustado, que estaba soñando a mediodía y se dejó aprehender de la manera más necia. En esas condiciones, pues no halla uno qué decir, porque a veces piensa uno que obraba como mexicano o como patriota, y a

veces concluye uno en que era un puro diablo. De modo que más vale no juzgarlo.

*JW:* En su concepto, ¿cómo surgió el movimiento de la Reforma? ¿Surgió de la guerra entre los Estados Unidos y México, cuando México perdió tanta tierra por tratarse de una guerra civil de mexicanos contra mexicanos? ¿O el movimiento de la Reforma surgió por los trabajos de Gómez Barillas y del doctor Mora?

*JAA:* Eso es una cosa muy compleja. Desde que fue sacrificado el general Vicente Guerrero, sus amigos tenían ideas muy avanzadas, alentadas por quien más luchaba por armar una nueva nacionalidad con los despojos de México. Y ya con mucha anticipación, desde que arregló venir a México como ministro el señor Poinset, esos individuos proclamaban principios avanzados que alentaban a muchos de los antiguos soldados de Vicente Guerrero a buscar la mejoría del país. De modo que era una mezcla de ideas de renovación con designios o resoluciones de fastidiar a México. En esa mezcla no sabe usted hasta dónde cada individuo luchaba con sincero patriotismo y dónde empezaba a luchar por conveniencia de entidades extrañas. De manera que no hay más que conformarse con las situaciones que se van creando en el mundo y ya después sobran las lamentaciones.

*JW:* ¿Cuál es su juicio sobre Benito Juárez?

*JAA:* A mí don Benito Juárez, al final, me pareció que tenía manera de dictador y que no quería soltar la Presidencia de la República mientras viviera, como lo hizo. Y eso viendo las recriminaciones, los deseos, las reclamaciones de otros mexicanos patriotas que habían sido héroes de México en otras guerras en que habían tomado parte. De modo que al final me pareció un dictador. Pero, de antes, yo soy su gran admirador.

Un héroe por el que siempre he sentido debilidad es don Vicente Guerrero, y resulta que Benito Juárez también tenía admiración, respeto y verdadera debilidad por Vicente Guerrero. De modo que esas son cosas que unen nuestros sentimientos. Cuando Juárez pudo ser gobernador de Oaxaca —desde que empezó a estudiar en la casa de sus patrones, donde trabajaba como sirvienta una hermana—, a mí me pareció un tipo admirable, un tipo capaz para estudiar, con gran fuerza de voluntad, para triunfar en la vida.

*JW:* ¿Qué opina del fusilamiento de Maximiliano?

*JAA:* Creo que Maximiliano fue un emperador liberal y con sus ideas dejó asombrados a sus partidarios, los conservadores, que sufrieron la gran decepción cuando él se puso a dictar medidas verdaderamente liberales en México y entonces los conservadores ya no lo quisieron. Por ese lado es notable que un individuo escogido para emperador —como era costumbre entonces en que se creía que los individuos, los miembros de la casa reinante

en Europa, tenían la bendición especial del cielo—, tuviera la cantidad de ideas avanzadas que tenía y que practicaba en bien de su nuevo país. Quiero decir que si yo hubiera sido Benito Juárez probablemente lo hubiera desterrado: “Váyase para su tierra; no esté fregando aquí”. Pero no lo hubiera matado. Sin embargo, Benito Juárez tal vez quiso castigar la costumbre y anular y eliminar para siempre la costumbre de que tiranos como Napoleón III, o cualquier otro tirano de la época, mandara individuos a allanar un país extraño. Benito Juárez seguramente pensó que si lo fusilaba sería un ejemplo, no sólo para México y para Francia, sino para la humanidad entera, de respetar el derecho de los pueblos a buscarse sus propios gobernantes.

*JW:* Con respecto a los programas de Juárez, ¿qué piensa de sus ataques contra la Iglesia, de quitarles la tierra, de limitar su posición en la política?

*JAA:* Luego se vio que Juárez tuvo completa razón, porque en mi calidad de católico —soy católico— nunca podía estar conforme con la actitud de toda la vida de los grandes jerarcas de la Iglesia. Porque toda la vida, desde antes de la independencia, hubo una mentalidad del bajo clero, muy respetable, y otra, la mentalidad de los príncipes de la Iglesia, que siempre iban contra los intereses del país, y siguiendo las normas de los reyes, de los presidentes de la República, de los grandes jerarcas.

*JW:* En sus memorias usted se considera liberal. ¿Esto quiere decir “liberal”, en el sentido de la Constitución de 1857?

*JAA:* Hablando de aquella época, seguro que sí. Pero ahora no sé lo que soy; ni ustedes tampoco saben, porque de repente piensan: “Hombre, los socialistas tienen la razón, y si se sigue la política socialista verdadera, sincera, es hacerle un gran bien al pueblo”. Pero luego ven ustedes ejemplos como el de Rusia, por ejemplo, en que dice usted: “No, pues ese socialismo no lo quiero para México”, porque va usted a Rusia y anda usted con un guía que no lo deja ser libre, que no lo deja a usted ni siquiera comer donde a usted se le antoje, ni viajar por donde usted quiera, ir a ver una fábrica u otra cosa. Tiene usted que hacer lo que dice el guía.

Pero eso es lo de menos, lo esencial es que se da usted cuenta de que en el fondo verdaderamente no hay libertad en ninguno de esos países.

Yo iba con un grupo de veinte personas y les recomendaba que no hablaran, que no preguntaran, que no dijeran nada, que nada más vieran; pero no me hacían caso y seguido andaban allí con preguntas; eran algunas señoras y ninguna de ellas, ni los maridos, habían entendido mucho la política. Eran de Saltillo, Oaxaca, Jalisco, Puebla. Pero en una cosa me fijé: después de que anduvimos por Rusia, Hungría, Yugoslavia, Rumania, Bulgaria, cuando llegamos en un avión ruso a Helsinki y nos bajamos y dejamos Rusia para

siempre, todas las señoras —parece que estaban de acuerdo—, todas ellas dijeron: “Bendito sea Dios”.

¿Qué quisieron decir? Que se sentían calladas. Dentro de esos países no hay verdadera libertad. Han progresado, porque son gente blanca y han trabajado con mucha disciplina, por las reglas, por los sistemas comunistas, y naturalmente, ese trabajo tiene que producir mejoría en el sentido material de las cosas. Pero a pesar de todo eso, las señoras se daban cuenta de que ni los intelectuales, ni los trabajadores tenían libertad para hacer lo que quisieran, tenían que hacer lo que les ordena la jerarquía, y entonces tenían mucha razón de decir: “Bendito sea Dios”.

*JW:* En sus viajes por todo el mundo, ¿ha visto usted un tipo de socialismo que funcione bien para todos?

*JAA:* Eso es lo que ando buscando.

*JW:* ¿Y todavía no lo ha encontrado?

*JAA:* ¡No señor! ¿Usted qué me dice de eso? Platíqueme algo. Este pobre señor Mann, el presidente eterno de los socialistas en los Estados Unidos, ¿qué opina?, ¿cómo quiere el socialismo allá?

*JW:* Pues no siendo experto en esos asuntos, creo que debemos seguir con México y con Porfirio Díaz, que vino después de la República restaurada con el lema: “Sufragio efectivo y no reelección”, pero siguió en el poder.

*JAA:* Se le olvidó el lema.

*JW:* Según el juicio que usted tiene sobre Porfirio Díaz, ¿hizo bien o hizo mal; fue bueno para los tiempos, para evitar más molestias, más estorbos en todo el país?

*JAA:* No tenía yo ningún odio contra Porfirio Díaz. Comprendía yo que hizo una buena administración, pero él no tuvo la culpa de hacerse tan viejo. Imagínese usted que cuando me decidí definitivamente a luchar con las armas en la mano fue el día que conocí a don Porfirio. Fui a México en septiembre de 1910. Yo andaba allá con los chismes de la conspiración, pero sin nada formal. Fui en septiembre de 1910 a las fiestas del Centenario y naturalmente llevaba yo los centavos limitados para comer, durmiendo en las bancas del Zócalo porque no había alojamiento, y estaba yo parado en la esquina de Isabel la Católica y Madero, porque venía un desfile grandioso de todos los asistentes al Centenario. Venía un gran general español, un americano, de todo el mundo, una delegación japonesa. Iban a desfilar, no recuerdo por qué motivo, todas las delegaciones en sus grandes carruajes. Y al final de ellas me quedé parado, viendo, observando, y apareció una carroza lujosa en donde venía don Porfirio Díaz. Fue la primera vez que lo conocí, en 1910, Como yo estaba parado y la policía y los soldados no dejaban atravesar, pues yo me asusté cuando lo vi. Pero no tenía remedio, ya que

estaba parado allí, y no sé por qué circunstancia la carroza se detuvo. El caso es que me quedé unos minutos allí, cerquita de él, a un metro, observándole bien la cara, los efectos de los ochenta y tantos años. Entonces me cogió una convicción muy profunda y dije: “¿Cómo es posible que este anciano, que ya necesita absolutamente el reposo agradecido de los mexicanos, vaya a tomar posesión otra vez como Presidente dentro de unos días? No señor, ese señor tiene que irse a descansar a su casa; con mucho agradecimiento de los mexicanos, pero a su casa”. Y allí, desde ese momento, comprendí que había que deponerlo, que había que luchar para que se fuera.

*JW:* ¿Tuvo usted conocimiento del movimiento magonista y del Congreso Liberal en 1906? ¿Qué le pareció ese movimiento y qué impacto tuvo sobre México? ¿Qué piensa usted de Ricardo Flores Magón?

*JAA:* Los que teníamos periódicos de vez en cuando, conocíamos ese periódico, *Regeneración*. Los que habíamos tenido oportunidad de leer otros periódicos de oposición que salían de vez en cuando, teníamos grandes simpatías por las actitudes valientes de Flores Magón. De modo que en el fondo teníamos bastante de las ideas de Flores Magón y de los otros que escribían, pensaban y proclamaban ciertas doctrinas, entre los que acompañaban con sus ideas a los Flores Magón, nos parecía bien. Pero al final, cuando Flores Magón se puso a las órdenes de un americano, Price, para formar una república independiente en Baja California, pues sencillamente no nos pareció. Se nos olvidó, pero sí recuerdo que cuando el señor Madero entró a Chihuahua a juntarse con Orozco y con Pancho Villa y con todos esos revolucionarios, me cayó mal la actitud del señor Madero de ponerse a desarmar a los grupos que se llamaban “Liberales”.

*JW:* ¿Los magonistas?

*JAA:* Magonistas no declarados porque unos sí tenían literatura magonista, pero otros no; otros se decían socialistas o liberales. Entonces el señor Madero, con toda persistencia, se puso a ordenar que desarmaran a todos esos elementos que venían a luchar por él. Pero como traían tal vez el nombre de magonistas, o en sus informes confidenciales Madero sabía que eran influidos por los Flores Magón, pues se puso a desarmarlos, y si hubiera podido desarmar entonces a Pascual Orozco, también lo desarma. Toda esa gente, que no le debía al señor nada para lanzarse a las armas a luchar, tenía que luchar forzosamente con las ideas que les habían estado predicando los Flores Magón hacía mucho tiempo, y no con el señor Madero a quien acababan de conocer, y que no les había dado nada para que se levantaran sino que se habían levantado ellos con elementos que habían conseguido. En esa situación a mí me pareció mal la conducta del señor Madero de proceder contra

los revolucionarios que habían conseguido sus armas para venir a luchar al lado de él. Pero Madero no les tuvo confianza y procedió a desarmarlos.

*JW:* La Revolución Mexicana tuvo sus raíces en un movimiento demócrata. Hubo otro movimiento que no ha quedado muy bien explicado en la historia de México, el movimiento de Saturnino Cedillo, un general que tenía sus fuerzas en San Luis Potosí, y que en 1938 se levantó en contra de Cárdenas. ¿Cuál fue el motivo del levantamiento de Cedillo?

*JAA:* ¿Usted no ha visto algún manifiesto de Cedillo?

*JW:* No. ¿Qué significado tenía el movimiento de Cedillo?

*LCB:* ¿Fue provocado por Cárdenas?

*JAA:* Creo que sí. Cárdenas es muy taimado y cuando puede empinar a algún enemigo, o a algún amigo que le estorbe, se lo echa con las manos a la cintura.

*JW:* Muchas personas han dicho que Cedillo tuvo alguna relación con los nazis, o con las compañías petroleras norteamericanas, que le dieron el dinero para levantarse en contra de Cárdenas.

*JAA:* Esos que han dicho esas cosas deberían probarlo con algunos cheques o algunas cantidades que hubieran mandado las compañías para Cedillo. En primer lugar, creo que Cedillo no tenía motivos para estar en contra mía, éramos amigos. Y Cedillo sabía que mi origen era maderista, zapatista, como él. Yo era jefe de las operaciones en Nuevo León y Tamaulipas, zona colindante con los Estados Unidos, que debía servirle a Cedillo de refugio o para pasar elementos. Y Cedillo jamás me hizo la menor indicación de invitarme para algo, de que lo ayudara, o que me hiciera el disimulado con los manejos de algunas prebendas, ¡jamás! Siempre he considerado que Cárdenas puso cuantos argumentos estuvieran de su parte para poner en contra de su régimen a Cedillo, con el objeto de que se viera obligado Cedillo a hacer un movimiento imposible: sacrificarlo, como lo hizo. Cárdenas es un individuo excesivamente envidioso. Por ejemplo, es envidioso de la gloria del general Obregón, que como soldado nos alineó a todos. Ustedes ven que a pesar de haber recibido la herencia de Obregón, porque Obregón se la había dado a Calles, y Calles se la había regalado a Cárdenas, sin embargo, por envidia, Cárdenas jamás reconoce los méritos militares de Obregón, ni los méritos de estadista de Plutarco Elías Calles. Los tiene tan discriminados, como a mí, por envidia. Porque Cárdenas quiere ser el que sobresalga y que figure como el apóstol de América Latina.

Pero yo insisto en que Cárdenas no tenía razón para temerle a Cedillo, porque Cedillo era un hombre inculto que no era capaz de organizar ni siquiera un movimiento de opinión; Cedillo no hubiera tenido gente que lo siguiera. Lo seguían los que habían recibido la carabina de él, que eran

organizaciones agraristas para defender el Plan de Ayala. Esos sí los seguían, porque les pagaban haberes y todo. Pero ya para emprender una campaña contra un gobierno federal seguramente le sobraban los traidores a Cedillo para que le llevaran todos los días cuentas a Cárdenas.

*JW:* Entonces usted cree que Cedillo no tuvo nada que ver con fuerzas extranjeras. Tal vez Cedillo, conociendo la postura de usted, no pensó nunca en ponerlo en contra de los Estados Unidos; él no podía acudir a usted para que lo respaldara.

*JAA:* Probablemente por eso no se atrevió. Pero yo creo que el mismo Cedillo nunca se consideró capaz de organizar una cosa en su provecho en contra del gobierno. Esas cosas las considero imposibles. Cedillo necesitaba ser extraordinariamente tonto para embarcarse en una aventura de esas.

*JW:* En esos años también existió la amenaza comunista en muchas partes del mundo. ¿Cree usted que en México los comunistas tuvieron mucho poder en el gobierno de Cárdenas, o que en el siglo XX, el comunismo pudiera llegar a tener mucha influencia?

*JAA:* Creo que Cárdenas es todo el comunismo de México. Hay la certidumbre de que muchos intelectuales le han dado el color comunista, ¡muchos! Pero hay que ver que son intelectuales, que con tal de conseguir un trabajo bien pagado del gobierno —trabajo que el único que se los podía dar era Cárdenas—, entonces no tuvieron inconveniente en darle cierto color comunista a sus apetitos de puesto público que les daba Cárdenas. Todo el problema comunista de México es absolutamente de Cárdenas.

*JW:* Durante su campaña electoral en 1940, parece que Diego Rivera lo respaldó a usted.

*JAA:* Sí señor; él me acompañó.

*JW:* ¿Había él salido ya del Partido Comunista Mexicano?

*JAA:* No lo sé. Él había ayudado mucho a Trotsky. Esa actitud de Diego Rivera con Trotsky me simpatizaba porque, como quiera que la ponga usted, Trotsky era un perseguido. Y mire quién lo perseguía. El tirano más grande de la humanidad: Stalin. De modo que, ¿cómo no va a tener uno simpatía para un perseguido de Stalin? Independientemente de las ideas políticas de uno, simplemente por el hecho de ser un perseguido que no encuentra en el mundo dónde refugiarse, Diego tenía mi simpatía porque él fue quien lo invitó y le prometió, en nombre de Cárdenas, muchas garantías que daba el Estado.

*JW:* Siqueiros, ¿tuvo algo que ver con el primer atentado en contra de Trotsky?

*JAA:* Pues yo nada más me baso en lo que leo. Siqueiros mismo ha declarado que él organizó todo el primer atentado, y creo que también el mismo Cár-

denas no se salva de que se le culpe a él de la muerte de Trotsky, porque yo he leído un libro de un jefe de la policía...

*JW:* Salazar.

*JAA:* Salazar, y allí se ve que el general Núñez, enviado de Cárdenas para todas esas cosas, recibió consignas respecto a la vigilancia y demás asuntos que facilitarían el asesinato de Trotsky. ¿Usted ha leído ese libro?

*JW:* Sí.

*JAA:* ¿No lo vio usted sospechoso?

*JW:* Pues algo. Se ha discutido mucho acerca de la personalidad de Alberto Tejeda, el gobernador de Veracruz. Usted lo conoció. ¿Cuál es su juicio sobre Alberto Tejeda?

*JAA:* Políticamente yo no puedo darle mi opinión, porque nunca tuve oportunidad de discutir con él nada. Lo traté cuando estaba en Francia de ministro, y en México también lo traté, cuando estaba en Jalapa y cuando estaba en la Secretaría de Gobernación. Pero fueron siempre cosas de trámites, asuntos que yo le llevaba a él en mi calidad de militar y jefe de operaciones en Veracruz, pero jamás hubo oportunidad de discutir con él respecto a sus ideas con la Iglesia católica o de sus ideas comunistas. A mí siempre me produjo la impresión de un hombre serio. Era muy amigo de mi hermano Leónidas, que era gobernador de Puebla. Y yo estaba segurísimo de que Leónidas no era comunista; al contrario, en cuestión de religión, mi hermano, era fanático, clerical, en el fondo de sus pensamientos. Sin embargo, era muy amigo de él.

*JW:* Se dice que Adalberto Tejeda, como secretario de Gobernación fue uno de los más poderosos en lanzar o en conducir la campaña en contra de la Iglesia, entre 1927 y 1929.

*JAA:* No sé exactamente lo que hizo Tejeda. Pero yo nunca le oí una expresión ni a favor ni en contra de la Iglesia, porque sencillamente no tuvimos ocasión. Pero lo que sí sé es que don Alberto Tejeda fue muy amigo de mi hermano Leónidas. Y tampoco a mi hermano le oí que le criticara una sola palabra a Tejeda.

*JW:* ¿Conoció a Úrsulo Galván?

*JAA:* En mi concepto, Úrsulo Galván era un líder muy sincero, que trabajaba por su organización agraria con todo el corazón. Este Úrsulo Galván era considerado como un agrarista radical, y cuando salí yo de Veracruz en 1925 él me envió un telegrama inesperado a Monterrey diciendo que el pueblo de Veracruz, los agraristas del estado de Veracruz, lamentaban profundamente mi separación de la jefatura de operaciones. Hombre, cuando quitan a un jefe y lo acusan de enemigo los agraristas, y el jefe de ellos, en una convención que está celebrando, hace votos por mi bienestar y recuerda

con gratitud mi conducta, quiere decir que ese jefe no era tan mal agrarista. Y yo publiqué ese mensaje. Creo, por lo que supe en Veracruz de su conducta, que era un agrarista bueno, sincero.

*JW:* En su concepto, ¿debe seguir México repartiendo la tierra?

*JAA:* ¿Cuál tierra? Creo que ya no hay. A mí me parece que debe verse a México como a un país que no puede menos de seguir siendo la cuna de los mexicanos auténticos. Usted sabe que aquí en México han venido y tienen que seguir viniendo muchos extranjeros, con distintas ideologías, con distintas costumbres. Entonces, para preservar los sentimientos de los mexicanos puros debe haber una especie de incubadora y esa incubadora es la tierra de México en todo el país. Pero para que nazcan en esa tierra todos los mexicanos buenos, auténticos, necesita poderles dar de comer a esos que nazcan, no con la mira de que progresen mucho, que se hagan archimillonarios, sino con la mira de que puedan vivir desahogadamente con todo lo que les haga falta, es decir, todos los que nazcan en México esencialmente deben ser, fuera de las capitales, los campesinos. Ahora esos campesinos se encontrarán con que la mayor parte de las tierras de México no sirven para nada. Hay infinidad de tierras miserables que no pueden dar absolutamente cosechas para que una gente viva, no sólo harta de comida, sino que no puede vivir ni siquiera muerta de hambre por la mala tierra. Entonces, para conservar esa incubadora de buenos mexicanos, la política de México debe, en primer lugar, darles cuantos recursos se necesita para que en su tierra, en el campo, puedan vivir los mexicanos con comodidad. Y en ese caso no les va a dar las cosechas de tierras saladas, de tierras resacas —nada de comer para esos que viven allí—. Entonces, como el Seguro Social, el gobierno mexicano debe de darles recursos suficientes para que tengan un subsidio o una pensión, que por lo menos les iguale el valor de una cosecha muy buena en cualquier parte del país. Ese subsidio debe ser dado por el gobierno mexicano para que los mexicanos auténticos no abandonen las tierras. Costará mucho dinero. Bueno, eso no tiene remedio, porque tampoco el gobierno querrá que sigan zonas desérticas sin poderle dar de comer a sus habitantes. En todo el país, la comida la debe garantizar el Estado mexicano. Sí, ya sé que esta cosa es cuestión de ideal. Pero, ¿quién me quita ser idealista?

*JW:* Quisiéramos terminar hablando un poco de su familia. ¿Cuándo se casó usted?

*JAA:* Me casé el 15 de mayo de 1922.

*JW:* ¿Con quién?

*JAA:* Con una señora de Monterrey, originaria del estado de Nuevo León, de Monte Morelos. Los papás de mi señora se la llevaron a San Antonio, Texas. Allá estuvieron en el colegio hasta 1920, cuando triunfó el movi-

miento del general Obregón y regresaron muchas familias de los Estados Unidos a México, a todos los estados fronterizos, y a la capital también. Su familia se regresó en 1919, se vinieron a radicar a Monterrey, cerca de su propia tierra, y allí la conocí.

*JW:* ¿Cuántos hijos tuvieron?

*JAA:* Una niña, una mujer. Una mujer y ocho nietos. Ya me pagó lo que me debía.

*JW:* De sus hermanos, ¿qué nos puede decir? Leónidas llegó a ser doctor y gobernador del estado de Puebla.

*JAA:* Sí. Fue gobernador y murió el año antepasado. Tuve otro hermano, Samuel, que logró recibirse de médico también. A todos nos ha gustado la medicina, yo estudié hasta tercer año de medicina y luego fui a la Revolución. Mi hermano Samuel, menor que yo, estudió y una vez recibido de médico, al obtener su título en México, con estudios brillantes, trató de ver dónde iba a vivir para ejercer la medicina. Tenía una novia en Mazatlán y él hizo sus arreglos para ir a ejercer su profesión a ese lugar. En Manzanillo, el general Alejo González se llevó a mi hermano porque su señora tenía fiebre amarilla. Samuel la curó y la salvó, pero contrajo la enfermedad y se murió, a los dos meses de haberse recibido de médico en México. De mis otros hermanos —fuimos once hombres y una mujer— vivimos dos nada más, mi hermano mayor y yo. Los demás se han ido muriendo al correr de los años.

*JW:* Bueno, muchas gracias, general. ¿Hay algo que usted quisiera aclarar?

*JAA:* Yo quisiera hacer una especie de resumen de todo lo que hemos hablado, como una explicación necesaria para entender mucho de mi vida, sobre todo para explicarse las circunstancias que me rodearon hasta lograr ser un candidato realmente popular en México. Al efecto, debemos empezar por el principio.

A principios de 1911 tuve que obedecer órdenes de la Junta Revolucionaria que estableció en San Antonio, Texas, para venir al país a apersonarme con jefes que se rumoraba que habían empeñado las armas con el objeto de que tomaran en consideración que la Revolución que estaba empezando necesitaba realizarse a fondo para que el país pudiera tener efectivamente una transformación, desechando toda herencia del antiguo régimen, especialmente el jefe de esa junta, el licenciado Emilio Vásquez Gómez me dio el encargo de venir violentamente y hacer ver a los jefes del sur que los revolucionarios no podían, no debían, aceptar ninguno de los compromisos o componendas que parecía que el señor jefe de la Revolución, don Francisco Madero, y en grupos valientes intentaba concertar con enviados del general Porfirio Díaz. Por consiguiente todos los revolucionarios debían exigir que acabara todo completo el régimen del general Díaz, y que se formara un

gobierno nuevo en absoluto al triunfar la Revolución. Con esas instrucciones terminantes salí yo de San Antonio, naturalmente despidiéndome de la familia Madero, sobre todo de su madre y de su padre en los términos más amistosos concebibles.

*JW:* ¿Cuándo salió usted?

*JAA:* Salí a principios de febrero de 1911. Entonces me vine a la capital de la República, y pues cuidándome de todo lo que podía para que no me fueran a descubrir la múltiple policía de don Porfirio Díaz que había en los trenes, las estaciones, en todas partes, pude llegar a Cuautla, pero en Cuautla había mucho escándalo por la vecindad de las fuerzas revolucionarias que acababan de estar, levantándose, tuve que regresar a Yecapixtla. Y de Yecapixtla un pariente amigo mío, Teodomiro González, me proporcionó un caballo para que yo pudiera huir rumbo a mi tierra, a Olinalá. No tardé ni media hora en la casa de mis parientes porque ya se aproximaba un destacamento que venía a buscarme, y en ese caballo salí a la hora del verdadero calor, de las dos de la tarde rumbo a lo desconocido, al monte, donde pudiera yo refugiarme. Después de caminar lo más aprisa que podía mi caballo, llegué a un ranchillo en donde pregunté por la gente que hubiera por allí armada, que tuvieran conocimiento. Una señora me dijo que acababan de pasar muchos pronunciados. Me enseñó el camino por donde habían seguido y me fui detrás de ellos. Pero a los primeros que alcancé fue a una colección de borrachitos de a caballo que se había quedado atrás de la columna para tomar aguardiente. Cuando me vieron trataron de fusilarme porque yo no podía ser más que un espía de Porfirio Díaz, científico y quién sabe cuántas cosas. Me costó mucho trabajo convencerlos de que era una tontería que me mataran, que la obligación de ellos era llevarme con su jefe. Después de discutir mucho entre ellos, unos en favor y otros en contra, por fin me llevaron a un pueblo, Tepexco, ya del estado de Puebla, donde estaba la gente que había pasado; tenían tres o cuatro días de haberse levantado y eran ya como ochocientos hombres. A esa gente yo le pregunté por el jefe, y resultó que el jefe era Emiliano Zapata. Entonces hablé con Emiliano Zapata; me recibió, e hizo que lo enterara minuciosamente de todo; en una pieza, en un jacal, donde consiguieron dos catres de otate, una cama especial que hay con su petate, pusieron dos camas y dormimos Zapata en su cama y yo en la mía, pero se nos pasó la noche hablando de la Revolución y de sus perspectivas. Al día siguiente salimos. Ese día en la noche llegó gente y al día siguiente eran más de mil hombres los que llevábamos. Seguimos y luego tocamos unas haciendas de Santa Clara. Seguimos por unas haciendas del distrito de Jonacatepec, en el estado de Morelos, de prominentes científicos de la Ciudad de México. Allí presencié cómo las huestes recién levantadas

en armas de Emiliano Zapata se dedicaban al más liberal de los saqueos que uno puede imaginarse. Yo no podía evitar nada. Consideraba que tratándose de haciendas, que generalmente tenían los ricos de don Porfirio para gozar de la vida, pues no me pareció francamente muy mal que las saquearan. Seguimos para Tepalcingo, y ya allí al día siguiente en la comida le hablé a Zapata, despacio, con el objeto de que procurara lo que en mi concepto debía ser una cosa muy principal: que procurara que sus hombres no cogieran cosas de los civiles, de los habitantes de la región sin una orden del jefe de cada partida, y pues que si algo se necesitaba verdaderamente había que pedírselos a los vecinos, comida, armas o caballos, pero todo con recibo para que se les pagara después de la Revolución. Pero que las propiedades, sobre todo de la gente humilde debían ser respetadas escrupulosamente, y que entre esos campesinos se respetara de un modo absoluto la vida de los individuos, contra lo que no podía ni debía atentarse, y que sólo por aplicarse una sentencia de un tribunal bien integrado podía matarse a un enemigo de la Revolución. Zapata estuvo de acuerdo con todo y me prometió que él también se empeñaría en que se respetaran esas ideas, le dije yo que eran órdenes de la Junta Revolucionaria. A los dos días llegamos a Chiautla, en el estado de Puebla. Allí me tocó aprehender casualmente al jefe político, se llamaba Ángel Almonei, que había cometido graves fechorías en los pueblos inmediatos a la cabecera de su distrito. Entonces se lo entregué a Zapata y le dije: "Aquí está este individuo, es el jefe político. Como ha estado tratando contigo de su rendición, allí te lo dejo; pero, ya sabes que hay que juzgarlo con un consejo de guerra y no proceder a hacerle nada sin una acta firmada por los componentes del consejo de guerra. En esas estábamos, cuando vinieron a avisarme que estaban saqueando la población de Chiautla y me fui rápidamente a caballo con dos o tres de mi escolta, y me encontré con que realmente el vecindario, gente del pueblo, no revolucionaria, había no sólo saqueado la tienda de don Domingo Castillo, sino que la habían incendiado. Entonces allí le hablé a la multitud para que se contuvieran, que no siguieran cometiendo abusos, y prácticamente no me hicieron caso. Entonces saqué mi machete como espada y empecé a repartir fajos en medio de todos aquellos; me vieron bravo y se callaron y se fueron. De allí me salió la fama de que era yo como Allende con el padre Hidalgo, que desde que salió de Atotonilco y llegó a San Miguel Allende, cuando veía a la gente saqueando, él, a cintarazos los calmaba. Y me identificaron como Allende. A veces no se puede de otro modo, porque es la única manera que tiene uno de hacerse obedecer.

Después de Chiautla, cuando regresé al campamento de Zapata me encontré con que habían fusilado a Almonei, porque se los había exigido la

población, adolorida por los atentados. Les dije: "Está muy bien. No digan que yo no niego que haya casos en que necesite morir una gente, una autoridad que da estas órdenes. Lo que creo que es indispensable es que cada gente revolucionaria pueda exhibir un acta del consejo de guerra que sentencié a morir a un individuo".

Tuve que inventar el acta yo porque ya lo habían matado. Sin embargo, esto les impresionó y prometieron que en todos los casos había que proceder con justificación. Luego seguimos: Zapata se fue para el norte de Puebla y yo me fui para el sur, a Guerrero. Al llegar a Xochihuehuetlán, donde ya llevaba yo como unos cuatrocientos o quinientos hombres, de repente me dijeron que estaban saqueando la tienda principal, de un español Martínez. Monté mi caballo, fui directamente y me encontré con que no sólo era el pueblo el que andaba en la saqueada sino también mis propios soldados. Entonces, cuando traté de imponerme yo sólo con el machete y vi que no me hacían caso pues dije: "Aquí no me sirve el machete". Entonces monté en el caballo y me retiré, como que iba para afuera de la población. Pues hombre, a los pocos kilómetros ya me venía alcanzando un montón de gente armada diciéndome: "Venga mi jefe, venga, usted nos va a mandar, nosotros vamos a hacer lo que usted quiera y no tenga cuidado". Y se regresaron conmigo y les hice que devolvieran todo, lo que allí los civiles habían robado. Entonces ya me quedé allí con ellos, porque me juraron y perjuraron que serían honrados.

Desde esa vez mi gente, en todos los años de lucha, siguió el ejemplo que yo les había impuesto en aquella ocasión y toda mi vida de militar mi gente me siguió por la honradez. Aunque anduvieran muertos de hambre no cogían nada si no llevaban una orden mía por escrito. Esos me sirvieron diez años, y mi gente tuvo siempre fama de ser la más honrada de los revolucionarios mexicanos, los que quieran, los de Obregón, los de Villa, todos: mi gente se distinguía mucho por su honradez.

Eso lo vieron en todo el país; vieron cómo era mi gente, el prestigio que tenían por ser soldados míos nada más, y a mí me complacía eso. Después volvimos a juntarnos Zapata y yo, cuando ya Zapata había sido sentenciado en la mente del señor Madero a ser sacrificado. Entonces el presidente De la Barra envió al jefe de Estado Mayor, don Fortino Dávila para que fuera a verme, que me preguntara por qué razón andábamos levantados Zapata y yo contra su gobierno, si había quedado él de darnos garantías en ese gobierno; que fuera a ver de qué se trataba. Entonces Zapata y yo hablamos: "Si no es que queremos estar levantados; es que nos vienen persiguiendo los federales, los de Victoriano Huerta, que trae además como tres mil federales, que no hacen nada de malo, y además hay tres o cinco cuerpos maderistas

de caballería que son los que andan por fuera invadiendo una gran región, y matando gente, incendiando casas, violando mujeres. Esos son los que andan tras de nosotros”, les dijimos.

“No —dijo el general Dávila—, el señor Presidente quiere hablar con ustedes, explicarles, que vayan”.

Entonces yo hablé con Zapata y le dije: “Pues estos señores ya ves como los trata el señor Madero, dando órdenes para que nos persigan. Pero como ahora todavía es presidente el otro y quiere hablar conmigo, ¿qué opinas?” “Pues yo creo que debes ir, a ver qué quieren, si nos van a dejar en paz o no”.

“Entonces, sí voy, pero como ya sé como es tu gente de susceptible, no quiero que vengan a contar que yo acepté cosas que a ti no te convinieran. Tú nombra a dos o tres de tus jefes principales, para que vayan conmigo, para que se enteren por sus oídos de lo que hablamos con el presidente De la Barra”. Entonces fueron conmigo Trinidad Ruiz, Jesús Jaurei y José Cruz; eran los de confianza de Zapata, para que me acompañaran por exigencia mía. Mientras estaba en México, yo los estaba sosteniendo dándoles dinero. Raúl Madero, que acaba de ser gobernador de Coahuila, hermano del presidente Madero, se los sacaba a altas horas de la noche, del hotel Cabild, donde yo los tenía alojados, donde yo vivía también, para convencerlos de que el peor abogado que podían tener ellos era yo, porque yo me había comprometido a asesinar a Zapata y que por eso era mejor que Zapata me ganara y me matara a mí. Yo iba a salir ya al día siguiente de Chiautla con estos hombres a ver a Zapata sin saber nada, cuando me llega un telegrama muy urgente de México donde me informaban que en la Secretaría de Gobernación habían comprobado una intriga de Raúl Madero, que me esperara yo en Chiautla, que no saliera yo por ningún motivo. Me esperé en Chiautla, llegó un señor Jacobo Jarutian, que había visto todas las actuaciones en la Secretaría de Gobernación, que le constaban a don Emilio Vásquez Gómez y que por eso no me había dejado salir. Yo había sacrificado mi vida por defender a Zapata, exclusivamente por ver que era un desvalido, un hombre que necesitaba la ayuda de todos los de buena fe. Por eso me había yo ligado con él, por débil nada más. Y Zapata lo sabía. Entonces se me produjo una decepción tremenda y dije: “Ya no voy a ver a Zapata”, y le puse una carta a Zapata diciéndole: “Los individuos que mandaste para que vieran tus intereses me han correspondido con esta porquería, así es que ya me dirijo a mis jefes que están allá a tu lado para que se separen y se vayan a sus casas entregando sus armas”.

Yo creo que Zapata se creyó de aquellos diablos porque dio órdenes de que donde quiera que me cogieran me fusilaran, sin más ni más. Unos días después a mí me metieron a la penitenciaría de México. Yo defendí en los

periódicos con mucho calor la actitud de Zapata: que Zapata tenía razón, que Zapata tenía todo el derecho para reclamar la tierra de Morelos, para esa gente que lo acompañaba. Pero la cosa era tan burda, tan ingrata, que después, cuando salí de la penitenciaría, fui por allá, rumbo a Guerrero, y debía pasar por Morelos, lo que era difícilísimo porque todo estaba atestado de federales y de zapatistas. Pues entonces los jefes principales de Zapata, como Amador Salazar, Felipe Neri y Genovevo de la O, todos ellos se dieron cuenta y me dijeron: “¿Qué anda haciendo?” “Pues nada, voy para...” “Pero, ¿qué no sabe usted la orden que ha dado Zapata?” “¿De qué?” “De que lo fusilemos”. “A bueno, pues fusílenme”. “No señor; sabemos cómo nos ha ayudado usted, y no lo fusilamos nada”. Y así pude escaparme.

A pesar de todas esas cosas yo siempre consideré a Zapata como un hombre noble, no como otros mil jefes, verdaderos bandidos. Era noble, nada más que un poco inculto; era crédulo y en una de esas creencias se lo podía echar a uno al pico. Pero siempre tuve por él mucha simpatía. Después, a mediados de 1913, volví al sur y lo primero que hice fue encontrarme con Zapata, quien me manifestó que estaba convencido de que esa orden contra mí había sido un error de él, que no había tenido nunca un amigo que se sacrificara por su bien como yo. Y desde entonces ya volvimos a ser amigos, hasta que murió en 1919, pocos meses antes de que viniera el movimiento de Obregón.

Yo seguí levantando revolucionarios, pero ya no podía andar por aquí, cerca de Zapata, sino que fui a Nuevo León. Allá anduve en 1917, 1918, 1919 y 1920, con el beneplácito de todos los habitantes de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. Predicaban que yo era el hombre, el jefe revolucionario honrado y que siempre veía yo los intereses de los pobres, de los rancheros, de los campesinos, y por eso cuando el general Obregón se levantó en armas contra Carranza, y yo andaba también contra Carranza, el general Obregón me invitó diciéndome: “Lo invito a usted cordialmente a unirse a nuestro movimiento, porque me consta que usted es uno de los jefes más valiosos de la Revolución y me sentiría yo muy satisfecho si contara con su concurso”.

Entonces le contesté que sí me unía yo, porque se trataba de ir contra Carranza. Y desde luego, desde el primer día que dije que sí, él me dio, ya una vez hecho gobierno, las mejores jefaturas de operaciones militares, en Nuevo León, Chihuahua, Torreón, Puebla, Veracruz y Oaxaca, y luego volví a Nuevo León. Con eso justificó Obregón lo que dijo de que me consideraba buen jefe. Entonces, todo el tiempo que anduve por allá en aquellas regiones, le repito que para mí lo más importante era que el pobre campesino, desvalido no sufriera atentados por ningún motivo de los hombres que

andábamos armados y que con el pretexto de la carabina le faltaran a un campesino en el menor sentido.

Por allí seguí adquiriendo esa fama de hombre honrado y enemigo de derramar la sangre de mis semejantes si no era por causa de fuerza mayor. Y de allí viene que cuando Cárdenas estaba en auge con su demagogia famosa, de donde quiera, de todas partes, resultaban espontáneos que había tratado en otros periodos, que pedían que yo aceptara meterme en política y no había aceptado. Pero entonces la exigencia era mayor, y también llegó a mi conocimiento de que realmente se podía hacer un país al acabar con la demagogia de Cárdenas. Y de allí, como les digo, que saliera espontáneamente mi candidatura que me fueron a ofrecer y, que ganó, no como usted dice que ganó Cárdenas con noventa por ciento. Yo sí realmente gané con el noventa por ciento, y había cuatrocientos representantes de la prensa americana y agentes del gobierno americano distribuidos en todo el país. Todos estos eran testigos de que mi popularidad era avasalladora. Y en los mismos grandes periódicos, ¿cómo se llama ese periódico grande de Chicago?

*JW: Chicago Tribune.*

*JAA: Tribune.* Allí salieron, y en el *New York Times*, y en todos los periódicos de los Estados Unidos, salían datos constantemente de la superioridad de mi candidatura contra Ávila Camacho. En esos periódicos explicaban por mis antecedentes la razón de que yo ganara no con el noventa por ciento, cifra oficial, sino cifra auténtica. Creo que lo puedo dejar convencido si le enseño los periódicos.

Bueno, pues es cuanto quería yo decirles. Les agradezco muchísimo que se hayan tomado la molestia de venir a mi retiro en busca de mis opiniones. Creo sinceramente que para los estudios de ustedes pues esas opiniones tienen muy poca importancia. Pero de todos modos cumplo con mi deber, al demostrarles con la seguridad más completa, que yo les agradezco cuanto paso dieran por llegar acá. ¡Muchas gracias!